



PERIÓDICO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS, ETC.

PRECIOS DE SUSCRICION				
	MADRID	PROVINCIAS	PORTUGAL	EXTRAN-JERO
Un año.....	85 ps.	88 ps.	8.000 reis	60 frs.
Seis meses.....	18 "	20 "	4.500 "	31 "
Tres meses.....	10 "	10,50 "	2.500 "	16 "
Un mes.....	3,50 "	4 "	800 "	" "

Madrid 23 de Enero de 1874

DIRECTORES

LITERARIO..... D. CAYETANO ROSELL.
ARTÍSTICOS..... D. Francisco Sans.
 D. Carlos Capúz.
DE MÚSICA..... D. Francisco A. Barbieri.
DE MODAS..... Sra. Baronesa de Wilson.

	CUBA Y PUERTO-RICO		FILIPINAS	AMÉRICAS NO ESPAÑOLAS
Un año.....	14 ps. fs.		17 ps. fs.	15 ps. fs.
Seis meses.....	7,50 "	" "	9 "	8 "
Tres meses.....	4 "	" "	5 "	4,50 "

Año I Fundadores propietarios: BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA de Astort hermanos Núm. 4



PUERTA DE MADRID EN CARTAGENA

ADVERTENCIA

Con el presente número acompañamos el primero del periódico titulado **EL INFANTIL**, según lo ofrecimos en el prospecto de **LA ILUSTRACION UNIVERSAL**.

ÍNDICE

TEXTO.—CRÓNICA EXTRANJERA, por don Eduardo de Mier.—IDEM INTERIOR, por don Antonio Alcalá Galiano.—LA GUERRA CIVIL, por don Antonio Pirala.—*Recuerdos de Sevilla*, por don Antonio San Martín.—*Un opúsculo de Francisco Pacheco, y la escuela sevillana de Pintura*, por don José Amador de los Ríos.—*Grabados de este número*.—*El Manco de Lepanto*, episodio de la vida de Miguel de Cervantes Saavedra (continuación), por don Manuel Fernández y González.—CRÓNICA TEATRAL, por don Rafael de Nieva.—*Explosión de las calderas de vapor*.—*Ciclon*.—Poesías: *A una niña roma*, por don Julio Monreal.—*La tumba del marino*, por don Miguel Sánchez Pesquera.—*A M.*, por don Eduardo Zamora y Caballero.—MODAS: CRÓNICA SEMANAL, por la Baronesa de Wilson.—EXPLICACION DE LOS FIGURINES. GRABADOS.—Puerta de Madrid en Cartagena.—Calle del 18 de Julio en Montevideo.—Vista de Bergea: Convoy enviado a esta villa.—La goleta *Buenaventura* cañoneando las posiciones carlistas establecidas en el Nervión.—Colisa de papa de la goleta *Buenaventura*.—Cartagena: Cuesta de la Concepcion; Parque de Artillería.—Batería de San Carlos en Barcelona.—Monumento azteca.—Fortificaciones del Pei-ho.—D. José de San Martín.—Inmediaciones del Niágara.—Figurines.

CRÓNICA EXTRANJERA

Como los sucesos que ocurren en la vecina república son indudablemente los más importantes para nosotros, por la semejanza de sus instituciones políticas y de su actual situación con las nuestras, por su proximidad, por la influencia que hace tiempo ejerce Francia en España en la política, en las ciencias, letras, artes, y hasta en las costumbres y en el idioma, no parecerá extraño tampoco a los lectores que les consagremos atención preferente.

El resultado de la votación del 12 de Enero, favorable al ministerio presidido por el duque de Broglie, ha preocupado hondamente los ánimos de cuantos se interesan en la gestión de los negocios públicos. La opinión general, no el espíritu de partido, atribuía la derrota sufrida por el Gabinete a una emboscada parlamentaria, preparada y llevada a cabo en circunstancias favorables a sus autores. En vano se reunieron las comisiones de las distintas parcialidades en que se halla dividida la Asamblea, hostiles al Gobierno, para acordar la conducta que habían de seguir en la eventualidad de sucesos que no se verificaron; en vano los periódicos de oposición cantaron en todos los tonos imaginables su triunfo momentáneo, y la humillación y el desprestigio de sus adversarios. El miedo a la demagogia, y el recuerdo, todavía reciente, de la hazaña de la *Commune*; las gestiones del ministerio con los diputados que le eran afectos, y la venida y votación de unos y la abstención de otros, lograron al fin, aunque a la verdad no por una gran mayoría, que toda la habilidad y toda la astucia de Mr. Raoul Deval y de Mr. Ernesto Picard, miembros de la izquierda, se estrellaran en la votación definitiva de la Asamblea.

Mientras tanto, la comisión del ejército ha aprobado el proyecto de ley relativo a la admisión definitiva en las fuerzas de mar y tierra de los príncipes de la casa de Orleans, los duques de Alençon y de Penthièvre; se ha presentado el presupuesto en la Asamblea con un excedente de ingresos calculado en 4.362.000 francos, y se discuten por la comisión especial y por la prensa los nuevos impuestos, y las leyes electorales por la comisión de leyes constitucionales. El ministerio francés, sin embargo, no descansa un instante en su régimen conservador, para defender la tranquilidad y el orden público, refrenando con mano fuerte los excesos que a su juicio comete la prensa periódica en París y en los departamentos, y oponiéndose resueltamente con todo su poder a la inmision de los militares en la política. Y a la verdad, y no obstante el respeto que se manifiesta por todos los partidos al mariscal MacMahon, es lo cierto que ni los monárquicos ni los republicanos tienen demasiada confianza en el uso que ha de hacer, durante un septenario, de los poderes que se le han concedido.

Notable contraste con la efervescencia política que se observa en otros estados de raza latina, nos ofrece el reino de Portugal. Consagrado su Gobierno a la reforma de la administración en general, y de la justicia en particular, responde en las Cámaras a los cargos hechos por las oposiciones contra algunas de sus medidas anteriores a la reunión del Parlamento, y prosigue, con la sensatez y el buen juicio que lo distingue, contando con la confianza de la Corona y del pueblo en su obra de cumplir patrióticos deberes sin aparato y sin ruido. El partido reformista, sin embargo, ha presentado en la Cámara de los diputados su antigua proposición para la reforma de la Carta, y el marqués de Sá otra en la de los Pares para la emancipación de todos los libertos que existan en las provincias ultramarinas.

En Italia, y en general en el mundo religioso cristiano, así católico como protestante, ha producido no leve sensación la Bula publicada por la *Gaceta de Colonia*, modificando la reglamentación de los concilios y la elección del futuro Pontífice, y designando para la reunión de los Cardenales otro punto distinto de Roma. La Bula en cuestión, ha sido calificada de auténtica por unos y de falsa por otros. *Le Monde*, periódico competente en la materia, con referencia a un parte telegráfico de Roma del 13 del actual, afirmó que era apócrifa, y su publicación el resultado de una intriga infame. La *Voce della Verità* del mismo día, añade que este documento ha sido escrito en Prusia, y no en Roma, y sin embargo, La *Gaceta de l'Allemagne du Nord* afirma que, según se desprende de prolifas informaciones, la Bula publicada por el periódico de Colonia es indudablemente auténtica.

Pero de todas maneras, sealo o no lo sea, lo cual aclarará en breve el tiempo, nada tiene de singular su contenido, puesto que nada tampoco más natural que, en la eventualidad de fallecer el venerable Pontífice un día inesperado, se prevengan las contingencias que pueden resultar de un suceso de esta índole, y se rodee la elección del nuevo Papa de las garantías de libertad por parte de los Cardenales, que acaso no ofrezca Roma.

En Prusia continúan las elecciones para la composición de la Asamblea, que ha de reunirse en Febrero. El partido que se titula liberal-nacional, lleva, al parecer, la ventaja, aunque le disputen el triunfo con energía el llamado progresista, el clerical y el socialista. Por otra parte, el Gobierno no desiste de su empeño de subordinar la Iglesia al Estado, ensañándose en el clero católico, como hemos ya referido anteriormente, y contando, como cuenta, con el asentimiento de la mayoría de los protestantes que componen el imperio, y con que los prelados sólo pueden oponerle una resistencia pasiva. No es, pues, maravilla que el arzobispo de Posen, Ledochowsky, haya participado al tribunal que lo ha citado, para sujetarlo a un interrogatorio, que a pesar de esa citación ha decidido no comparecer ante él, ni el día que se le ha señalado, ni otro ninguno.

Algo parecido a esto último acontece también en Suiza, como indicamos en su lugar correspondiente, excitados los ánimos a consecuencia de las medidas adoptadas por algunos cantones, y habiéndose llegado ya al extremo, si hemos de dar crédito al *Basler Nachrichten* del 12, que de resultas de una sedición contra los sacerdotes viejos católicos de Bouffol y de otros puntos del Jura bernés, el Gobierno de Berna se ha visto obligado a enviar a ellos una compañía de carabineros para restablecer el orden. Además, el Consejo federal de este mismo cantón ha rechazado como infundado el recurso interpuesto por monseñor Lachat, arzobispo de Basilea, contra los acuerdos de la conferencia diocesana que ha decretado su revocación.

Hasta al pacífico imperio del Brasil va cundiendo esta discordia religiosa, que ha tenido su nacimiento en Prusia, puesto que por el vapor *Neca*, llegado a Lisboa el 12 del corriente, se ha sabido de Rio-Janeiro, con fecha 24 de Diciembre, que el Supremo Tribunal de Justicia brasileño ha declarado culpable al obispo de Fernambuco por su tentativa de violar un artículo de la Constitución, ordenándole que se presente en sus estrados para oír el juicio que ha de pronunciarse contra él.

Inglatera tiene fijas sus miradas en la Costa de Oro, en donde sir Garnet Wolseley pelea en su nombre contra los achantes. Las últimas noticias (27 de Diciembre) aseguran que se preparaba a pasar el Voita con sus tropas el 15 de Enero, para invadir el territorio enemigo. La empresa, aunque obtendrá probablemente al cabo feliz éxito, no es, sin embargo, tan fácil como pudiera suponerse. Trátase, en efecto, de un país desconocido y hostil, de

enemigos que defienden los lugares en donde han nacido y se han criado, y que miran como suyo, y hay que luchar con el clima, con el terreno, y sobre todo con la más completa escasez de recursos y de medios para mantener y trasladar de una parte a otra a las tropas inglesas.

Los holandeses, en Sumatra, combaten también con enemigos denodados, que les disputan con desesperación sus dominios. Sábese, en efecto, oficialmente, que si bien han sido bombardeados Kraton y Missigit, siendo este tomado por asalto, no se ha conseguido tan importante ventaja sino después de vencer una resistencia heroica. La población estaba excitada contra los holandeses por mal intencionados rumores, y el enemigo, al abrigo de fortificaciones blindadas, había sufrido poco. Otras noticias, recibidas posteriormente de Atchin, anuncian que las tropas europeas, antes de apoderarse de la mezquita, habían sido rechazadas dos veces, perdiendo 240 hombres entre muertos y heridos, comprendiendo en este número doce oficiales.

Del Japon, país que excita desde hace tiempo la curiosidad de las naciones cultas de Europa, hemos recibido una carta de nuestro activo corresponsal en esas apartadas regiones, que no podemos insertar íntegra, con harto sentimiento nuestro, por su demasiada extensión. Desprende de ella, sin embargo, que las noticias publicadas en varios periódicos extranjeros sobre el supuesto adelantamiento de esta nación, distan mucho de la verdad. Aunque la reorganización política del Japon ha sido modificada, suprimiendo el taicun y los daimios, y concentrando todos los poderes en la persona del micado, estas reformas han producido gran descontento en el país. Los ejércitos de mar y tierra se han organizado a la europea, bajo la dirección de algunos franceses, y se han establecido también líneas telegráficas y construido un camino de hierro, pero con gastos enormes. Dícenos además, que ha habido una crisis ministerial, sucediendo al presidente del Consejo de ministros Togeshima, hombre ilustrado y benévolo, el embajador Iwakura, llegado recientemente de Europa, jefe del partido de los viejos japoneses, y principal instigador y ejecutor de la persecución de los cristianos en 1868. Nuestro corresponsal manifiesta también sus dudas sobre la posibilidad de que el nuevo ministro revise los tratados con las potencias europeas, y los rumores de que no pueda sostenerse en el poder y se vea al fin obligado a abandonarlo, después de promover con su conducta serios peligros para su país y para los europeos residentes en él.

EDUARDO DE MIER.

CRÓNICA INTERIOR

Pocos son en verdad los acontecimientos políticos, no tratando de los de la guerra carlista, que tienen su sección especial, verificados en los últimos días, y de estos mismos es necesario ser muy parco, no sólo al juzgarlos, sino hasta al relatarlos, dadas las difíciles circunstancias que atravesamos, y que nos imponen una circunspección extremada.

El estado en que han hallado a la población de Cartagena las tropas sitiadoras y los habitantes pacíficos que la habían abandonado, es por demás triste y desconsolador. El lápiz de nuestros artistas da en este número, mejor que nosotros pudiéramos hacerlo, cabal idea de lo que es aquel conjunto de desolación y de ruinas. Calles enteras, cuyas casas han venido a tierra, o amenazan desplomarse sobre el transeunte, acongojan el ánimo de quien considera cuánta riqueza, cuánta prosperidad representan aquellas paredes destruidas por los proyectiles; y el horror aumenta al percibir el fétido olor que exhalan los cadáveres, aún sepultados bajo los escombros del edificio, que en su voladura privó de la vida a más de 500 personas de todos sexos y edades.

Conocidas las condiciones, al parecer otorgadas a los sitiados, y que aseguraban a la fuerza armada que allí se hallaba, no sólo indulto, sino el pase o distribución en otros cuerpos con sus mismos grados, hay quien asegura que el Gobierno, pareciéndole lo acordado excesiva lenidad para con los rebeldes, va modificando en sentido restrictivo la primera gracia, y procediendo a actos de rigor contra varios de los comprendidos en los tratos.

El viaje del señor ministro de Marina a la plaza entregada, aun cuando revista el carácter de una inspección facultativa a aquel importante arsenal marítimo, abandonado por los cantonales en tan triste estado, tiene, según

se dice, igualmente por objeto averiguar en qué condiciones se ha verificado la entrega de Cartagena, y hasta qué punto conviene al Gobierno fijar su atención en lo que con este acto se relaciona.

*
* *

Esta excursión oficial del ministro de Marina, uno de los más importantes miembros del Gabinete, tiene al parecer en suspenso muchas de las medidas políticas del Gobierno, que espera el regreso del señor Topete y el restablecimiento del señor Sagasta de una indisposición pasajera, para tratar de importantes cuestiones de principios y de personas.

Es la una la discusión del proyecto de *memorandum*, que para explicar las causas de su subida al poder, sus ideas y propósitos, piensa dirigir nuestro Gobierno á los de las potencias extranjeras. Este proyecto, cuya redacción se atribuye al señor Sagasta, como encargado que es de nuestras Relaciones exteriores, se cree que encerrará declaraciones importantes en un sentido marcadamente conservador y en armonía con las conocidas ideas de su autor.

La designación de personas para las plazas que se hallan vacantes en el Consejo de Estado y para que vayan como gobernadores á representar en las provincias la política del Gobierno, son también cuestiones que deben ocupar en breve la atención del Gabinete, y ser objeto de importantes deliberaciones.

Puestas en presencia unas de otras, convicciones, ideas y principios, á la vez que intereses, aspiraciones é influencias personales, hay quien teme surjan grandes dificultades para llegar á una solución definitiva, sin que quede, si no rota, por lo menos un tanto quebrantada la unión que existe entre los individuos que componen el Gobierno.

*
* *

De un hecho, insignificante en sí, pero que algo ha llamado la atención del público, vamos á dar cuenta, con la duda, sin embargo, de si pertenece á esta sección ó á la teatral, porque aunque de carácter político, se refiere á una obra de este género.

Las representaciones de *Adriana Angot* en el teatro de la Zarzuela, han sido suspendidas por indicación de la autoridad, á causa de las manifestaciones en cualquier sentido á que pudieran dar lugar las coplas que sobre asuntos políticos desde la primera representación se habían ido sucesivamente añadiendo á las que estaban en el papel de la aplaudida artista señorita Franco.

*
* *

Los considerandos y fundamentos que antecedian al decreto, por el cual ya hace días se declaró disuelta la tan tristemente célebre asociación, conocida con el nombre de la Internacional, se han creído, sin duda, por el Gobierno extensivos á los Círculos políticos alfonsinos que se hallaban establecidos en Madrid, y se ha dispuesto su disolución, que ha tenido lugar con el mayor orden y sin la menor protesta.

Reunidos, sin embargo, el día 23 en la fonda Española, calle de Jacometrezo, varios de los individuos pertenecientes á los disueltos círculos, han celebrado un pacífico y modesto banquete, á que asistieron sobre 150 personas, para conmemorar al glorioso San Ildefonso, patron de este arzobispado.

*
* *

Sentimos no poder dar sobre todas las noticias que anteceden algunos interesantes detalles, y si no lo hacemos, no es ciertamente ni por falta de deseo, ni por que los creamos insignificantes ó poco exactos, sino por razones de prudencia que ya hemos apuntado, y demasiado bien comprenderán nuestros lectores. Por eso mismo no podemos ocuparnos de la reaparición de los periódicos suspendidos, ni de la suspensión que pudiera imponerse á otros que hasta han seguido sin tropiezo su publicación. Son estos todos accidentes propios del estado excepcional en que nos hallamos.

*
* *

Sin meternos á analizar en su detalle las operaciones de la guerra civil, diremos que el Gobierno ha podido aumentar con 5.000 hombres de los que se hallaban en el sitio de Cartagena, el ejército del Centro, á cuyo frente se ha puesto el señor Lopez Dominguez, recientemente ascendido á teniente general por el mérito que ha contraído al conseguir la entrega de dicha plaza. Con estos refuerzos al mando de tan hábil general, es de creer que

las facciones sufran continuos é importantes reveses en aquella parte de la Península.

Si el Gobierno puede reforzar de igual modo al ejército del Norte, hoy establecido en la línea del Ebro, es de creer que las operaciones de su jefe el general Moriones tengan por objetivo el socorrer á Bilbao, cuya situación se ha hecho ya bastante difícil, á consecuencia de haberse tenido que rendir á los carlistas, después de una defensa tan larga como brillante, la guarnición de Portugalete, que no ha podido ser socorrida á tiempo por los buques de la armada, que á este fin se estaban alistando.

En la guerra carlista no hay en conjunto sucesos prósperos que consignar en estos días; pero es de esperar que, reunidos los elementos necesarios para proseguirla en mejores condiciones, se consiga al fin la obra de pacificación que tanto desean los que, ajenos á todo interés de partido, ven con dolor la sangre vertida, y las horribles depredaciones que como consecuencia de la lucha van sembrando la desolación y el luto, por las que fueron un día las más pacíficas é industriosas provincias de España.

ANTONIO ALCALÁ GALLIANO.

LA GUERRA CIVIL

I

Las guerras civiles, desordenadas de suyo, y sin sujetarse, por lo general, á otras reglas que las de la propia conveniencia de los infinitos partidarios que las sostienen, procurando constantemente allegar gentes y recursos, sin más plan ni orden que el que la necesidad de cada día, de cada hora exige, se resisten naturalmente á una narración ordenada, y sobre todo cuando hay que historiar hechos recientes y de pocos días. Hay comarcas que los ofrecen constantes, pero sin armonía, y los más sin particular interés. Seguir á un guerrillero, por ejemplo, al cura de Flix, que tan pronto está en la provincia de Lérida como en la de Tarragona ó en Aragón, en un mismo día á la derecha é izquierda del Ebro, tres veces en una semana en un mismo pueblo, sería empresa, si no difícil por sujeta á errores en la actualidad, de escaso interés por la monótona repetición de las mismas marchas, de iguales sucesos. Y lo que decimos de ese partidario, puede referirse á otros muchos, no sólo de Cataluña, sino de Aragón, del Maestrazgo y de otras partes.

Puede seguirse en el Principado catalán á Savalls y á Tristany, por ser más notables sus operaciones, por el mayor número de fuerzas que guían; pero no son culminantes los hechos á que dan cima, y aun los que han llamado la atención pública tienen mucho de horribles, como lo sucedido en Sarriá, á cuatro kilómetros de Girona.

Después de haber triunfado en Vich de la manera que expusimos en nuestra anterior revista, no se concibe, repugna el comportamiento tenido en Sarriá con los bravos movilizados que defendían el fuerte. Aun pudieran cohonestar el incendio, y si se quiere, dadas las condiciones inhumanas de toda guerra civil, que vieran impasibles que las llamas devorasen aquellos cuerpos asfixiados ya por el humo de ellas, é inermes; pero cebarse con bárbara crueldad con dos desgraciados fugitivos, y después de horrible y feroz mutilación, arrojarlos vivos al río para verlos espirar en medio de los más horribles tormentos, es un lujo de inhumanidad que repugna.

Manresa se salvó de una catástrofe, que la hubiera experimentado sin duda al conseguir Miret, Tristany y Baró su objeto de sorprenderla, prevalidos de la niebla; pero sólo penetraron en algunos de los arrabales de extramuros, y sospechado su intento, se frustró. Aún persistieron, lisonjeados con el éxito obtenido en Vich, y desde Sallent y Balsareny avanzaron el 14 decididos á atacar á Manresa, llevando Tristany artillería; llegó á un cuarto de hora de la ciudad, pero dió la campana de la Seo la señal de acudir columna, detuviéronse los carlistas, volvieron á Sallent y escondieron los cañones, temiendo á la columna del coronel Mola y Martínez.

Lo que no pudieron conseguir los carlistas en Manresa, lo intentaron el 19 en Sabadell, amenazándola por la noche Tristany y Miret con numerosas fuerzas, llegando sus avanzadas hasta más allá de Sentmanat; pero se tocó oportunamente somaten, llamó el pregonero á los vecinos armados, que acudieron en gran número de todos los partidos liberales, se llenaron las calles de barricadas, y el aspecto que presentó la población, y el aproximarse la columna del capitán general, que llegó á la madrugada del 20, salvó á Sabadell: retrocedieron los carlistas sin intentar el ataque.

No satisfecho con esto el general Martínez Campos, continuó persiguiendo á los que no le esperaron.

II

Indignados los mismos carlistas de la inacción de Gamundi, que al cabo de dos meses que salió de Navarra no había pasado de Sangüesa, le han relevado del mando de la columna expedicionaria, y su sucesor, el brigadier Lopez Caracuel, ha comenzado con tan mala fortuna, que al atravesar el territorio de Las Cinco Villas, que siempre hemos considerado peligroso para los carlistas, por ser país liberal, si pudo atravesar el arroyo Turroquil ú Orés antes de llegar al Arba ó á su orilla, en una se ha encontrado con la brigada Delatre, y aunque inferior esta en número, ha causado un gran descalabro á la enemiga.

No creemos que la expedición carlista pueda seguir á Huesca, bajando á Erla; podrán guarecerse en las montañas inmediatas, pero no estarán en ellas mejor que en Sangüesa; y si es perseguida con actividad é inteligencia, apurada se ha de ver para salir bien del terreno en que se ha metido. Con poco que ayuden los pueblos á las tropas liberales, puede tener un fin desastroso la expedición; y así parece, se ha subdividido su fuerza, ha retrocedido en su marcha, y puede considerarse fracasado su objeto de pasar el Ebro.

III

La clase y condición de nuestras guerras civiles han hecho siempre necesarias esas algaradas, llamadas modernamente expediciones, que cual río desbordado invaden otras comarcas; pero en vez de dejar el limo que fertiliza la tierra, dejan sólo huellas de desolación y espanto. Abriéndose las Provincias Vascongadas el núcleo de las fuerzas carlistas, siendo el verdadero centro de la guerra, cuando esta adquiere respetables proporciones, aquel país, pobre de suyo por montañoso, tan á propósito como es para servir de amparo y de defensa, es inconveniente para sostener físicamente á las fuerzas que alberga. Y por esta necesidad, y por la no menos importante de ir extendiendo la guerra para allegar prosélitos y recursos y distraer más la atención del enemigo, se han efectuado siempre expediciones más ó menos afortunadas, aunque no inútiles por lo general.

Batanero, García, Torres, Merino, Guergué, Valmaseda, Gomez, Zaratigui, Negri, el mismo don Carlos, guiaron en la pasada lucha atrevidas expediciones; siendo la más notable la de Sornes, que la emprendió en 1836 casi por el mismo camino que ahora Lirio y Navarrete; sólo que en vez de sufrir como estos un descalabro en la primera etapa, en Villasante, forzó el paso en Revilla, venciendo el obstáculo que se le presentó; y aunque le batió Espartero en Escaro, atravesó la Península de Norte á Sur y de Oriente á Poniente, perseguido muchas veces por tres generales, burló las famosas paralelas de Rodil, se apoderó de la antigua corte de los califas, saludó desde Algeciras la costa africana, pudiendo decir desde las arenas bañadas por el Mediterráneo que ya no había más tierra que seguir; y aunque derrotado en Villarobledo, en los Arcos y en Alcaudete, venciendo sólo en Matilla cerca de Madrid, y aprisionando á Lopez, volvió á Orduña, al sitio de su procedencia, con la misma ó mayor fuerza que sacó, vanagloriándose de su correría, aunque después tantos disgustos le produjo por mezquinas rivalidades.

En la actual guerra no podían desatender los carlistas las expediciones; pero les han faltado pericia y arrojo: nada ha enseñado la historia á los que tales empresas han dispuesto, ni á los que las han acometido. La primera que ha salido de Navarra, apenas traspasó los límites de aquel país y penetró en Aragón, retrocedió sobre sus pasos, y después de estar dos meses Gamundi en Sangüesa, ha sido relevado, y ya hemos dicho lo que acaba de acontecer á su sucesor; y las que acaban de intentarse ahora desde Vizcaya, una para penetrar en la provincia de Burgos, y la otra para ir por la de Santander á Asturias, apoderándose á su paso de la opulenta capital castellana, acaban de fracasar al menor tropiezo. El descalabro en Villasante, siendo muy superiores en número los carlistas, y la retirada casi desde las puertas de Santander, han evidenciado de una manera palpable la mala dirección de ambas expediciones, que han podido salir arrollando cuanto en un principio se les pusiera por delante, procurando siempre en su marcha anticiparse á las disposiciones contrarias, y aún preverlas; y esto sin contar con la grande actividad y pericia del actual ministro de la Guerra, que les había de ir constantemente á los alcances.

Tenemos, pues, frente á frente grandes masas carlistas,



CALLE DEL 18 DE JULIO EN MONTEVIDEO

Ayuntamiento de Madrid



VISTA DE BERGA: CONVOY ENVIADO Á ESTA VILLA
Ayuntamiento de Madrid

que serán muy valientes, como españoles, pero mal dirigidos; y un ejército liberal, que si por tener más atenciones tiene en campaña menor número que el enemigo, ha demostrado valer más, y está sobre todo hábil y perfectamente dirigido.

Dentro de dos meses se duplicará ese ejército, y se verán los resultados, aun cuando se empiezan hoy á ver en la movilidad que se advierte en todas partes, si bien es verdad que tambien se mueven los carlistas, como si pretendieran hacer un supremo esfuerzo, comprendiendo que en el tiempo que hemos citado tendrán que habérselas con mayor número de enemigos y luchar con grandes desventajas, que se irán aumentando. El indiferentismo tiene su término, y el cansancio no se sufre mucho.

IV

Grande empeño han mostrado los carlistas en apoderarse de Portugalete, á la que han asediado con teson y cañonean con saña. Importábales mucho adquirir tan importante villa por su situación en el mar y en la embocadura del Nervión; inmenso daño recibiría en ello Bilbao, há tiempo incomunicado por hallarse interceptada la ría; y aunque se ha defendido heroica su pequeña guarnición, que la constituían unas compañías de Segorbe y carabineros, y algunas veces les han ayudado la *Buenaventura*, el *Gaditano* y algun otro buque, se retiraron éstos en la mañana del 12, y han tenido que hacer frente solos al gran cañoneo de los carlistas, al no interrumpido fuego de fusilería de los batallones que les cercaban, y que no esquivaban el incendio para domar el valor de aquellos héroes, han visto derruirse la torre de la iglesia que les servía de fuerte y atalaya, arder las casas inmediatas á las que defendían, rechazar la entrada de un batallón navarro que penetraba oradando las casas, y sin que en nada decayera su ánimo, cada vez más resueltos, acreciendo en valerosa resolución á la vez que aumentaba el peligro, gastado sin duda su último cartucho y sin divisar la nave salvadora, pues sólo por mar podían recibir ayuda, y la marina no acudía, han sucumbido aquellos bravos, después de ejecutar actos de verdadero heroismo; y los carlistas son dueños de Portugalete.

Un peligro más para Bilbao, del que sólo puede salvarle ahora la marina de guerra.

V

El grueso del ejército del Norte, que lleva ocho dias en Miranda, se apresta á nuevas operaciones, y los carlistas van acudiendo á la llanada alavesa, desde la que pueden trasladarse fácil y cómodamente á Navarra por la Bornuda. Algunos han acudido ya á Navarra, y situándose en Villafuente, amenazando así á La Solana; pero ya ha acudido el general Primo de Rivera, de cuya ausencia en aquella comarca han pretendido prevalerse los carlistas, y no peligrará seguramente la ribera navarra, no descenderán aquellos desde las vertientes del monte Jurra á las fértiles llanuras que riega el Arga, y se limitarán á la defensa de Estella.

El teatro de la guerra en el Norte se traslada ya desde la costa á las márgenes del Ebro, en su corriente desde Miranda á Tudela, en cuyos campos, tantas veces regados con sangre española, puede hacerse variar el aspecto de la actual lucha, que tantos daños causa, y que si es un testimonio más del denodado valor de los hijos de este desgraciado país, que harto acreditado está, dice bien poco en favor de la patria, por unos y otros lastimada, por todos destrozada.

A. PIRALA.

RECUERDOS DE SEVILLA

ARTÍCULO I

Hace muy poco tiempo que me hallaba en Sevilla, esa bellísima perla de Andalucía.

Su cielo puro y sereno, su sol radiante, y más que todo esto la obsequiosa y franca amistad de algunas personas, para las cuales había llevado cartas de recomendación, hacían que estuviese sumamente contento en la hermosa ciudad de Abdalasis, de San Fernando y del bravo rey don Pedro el *Cruel*.

Uno de los primeros edificios que visité, fué el magnífico Alcázar mandado fabricar por Abdalasis, hijo de Muza, el primer monarca árabe que hubo en España.

Para aquel magnífico edificio, sirvieron de modelos los palacios de Bagdad y del Cairo; y los alarifes del caudillo moro, vencedor del infortunado rey don Rodrigo, consiguieron hacer una

verdadera maravilla artística, digna del poderoso señor para quien había sido fabricada.

Casado Abdalasis con la reina Egilona, viuda de don Rodrigo, á la cual los árabes daban el nombre de Ayela, vivió feliz y tranquilo durante algun tiempo en su régia morada, hasta tanto que el califa de Damasco, envidioso del poder que la familia de Muza iba adquiriendo en España, lo hizo asesinar en su propio lecho.

El encantador aposento de dorados arabescos y de precioso artesanado que se conoce con el nombre de *Dormitorio de los reyes moros*, fué testigo de aquel sangriento suceso.

Continuó sirviendo el Alcázar de morada de los monarcas mahometanos de Sevilla.

Hasta el año de 1248, en que el rey Santo don Fernando III reconquistó la antigua ciudad que se alza á orillas del Bétis, nada de particular ocurrió en el Alcázar, como no fuese el nacimiento de la célebre princesa Zaida, la cual, bautizada con el nombre de María Isabel, fué, andando el tiempo, la sexta esposa de Alfonso VI de Castilla.

Zaida era hija del rey Almucamuz-Abentmen II. El glorioso monarca don Fernando, apenas se hizo dueño de Sevilla, se apresuró á dar gracias al Señor por tan señalada victoria en la gran mezquita de la ciudad (hoy catedral), consagrada apresuradamente al culto católico.

El pendón de Castilla ya tremolaba en la Giralda, como asimismo en el antiguo palacio de los reyes moros.

Desde la mezquita, se trasladó el Santo rey al Alcázar con su brillante comitiva, de la cual formaban parte don Jaime el *Conquistador*, rey de Aragón, y el valeroso Aben-Alhamar, rey moro de Granada.

En el año de 1252, es decir, cuatro años después, don Fernando entregaba su alma á Dios en el Alcázar.

En aquel suntuoso recinto, lleno por todas partes de gloriosos recuerdos; en aquel palacio grandioso, del cual se refieren cien románticas historias y cien dramas sangrientos y aterradores, nació y murió el rey don Alfonso X, llamado el *Sábio*.

Lo habitó asimismo la reina doña María, dando á luz en él á don Fernando IV el *Emplazado*, y muchos otros monarcas cuyos nombres sería prolijo enumerar.

Por último, don Pedro I de Castilla, llamado por unos el *Cruel* y por otros el *Justiciero* (y á este rey queríamos venir á parar), vivió allí la mayor parte del tiempo que duró su turbulento reinado.

Cada *tarbea* (salón), cada *aximez*, cada patio del morisco Alcázar, recuerda cien sucesos, sangrientos y terribles unos, románticos y heroicos otros; pero todos ellos llenos del mayor interés, y referentes al rey don Pedro.

Allí está el balcón desde el cual doña María de Padilla, querida de aquel rey, hizo señas á don Fadrique, gran maestre de Santiago y hermano bastardo del monarca de Castilla, para que no entrase en el palacio, pues su hermano se hallaba muy irritado en contra suya.

Don Fadrique no hizo caso, ó no comprendió bien la seña de la Padilla, y penetró en el Alcázar.

Don Pedro, apenas supo que estaba allí su hermano, dió orden á Juan Diente y á cuatro más de sus ballesteros para que matasen al gran maestre.

Este acababa de entrar en un patio, cuando el terrible ejecutor de las justicias del rey le salió al encuentro, dándole con su maza un fuerte golpe en el pecho.

Quiso don Fadrique sacar su espada; pero la empuñadura de esta se enredó en el largo manto que llevaba puesto.

Entre tanto, los ballesteros, reunidos contra él cual si fueran hambrientos canes persiguiendo á un tímido é indefenso ciervo, lo acosaban de mil modos dándole fuertes golpes con sus mazas.

Magullado y mal herido el maestre, corría desatentado por el patio, lanzando aullidos de dolor y de cólera.

Don Pedro de Castilla, que desde un elevado balcón que da al patio contemplaba aquella escena terrible, gritó con voz de trueno, en la cual se adivinaba el odio que tenía á su hermano bastardo:

—¡Juan Diente! ¡remata á ese traidor!

El feroz ballestero no pudo dar cumplimiento á aquella orden cruel; pero sí Nuño Fernandez de Roa, otro de los ballesteros, el cual de un recio golpe de maza tendió á sus piés al gran maestre,

que cayó con el cráneo destrozado y arrojando grandes bocanadas de sangre negra y espumosa. Había espirado.

Una oscura mancha que existe en las losas de mármol de aquel patio, es, segun afirman, la marca indeleble que dejó impresa la sangre de don Fadrique; la marca acusadora del crimen del rey don Pedro.

No se puede asegurar que aquella mancha proceda del asesinato del gran maestre de la Orden de Santiago; pero en lo que sí no hay duda alguna, es en que don Fadrique murió en el patio que hemos citado, del modo trágico que acabamos de referir.

Sabido es de todo el mundo que don Pedro odiaba mortalmente á su hermano, no sólo por que éste conspiraba en contra suya, sino tambien por creerlo amante de su esposa doña Blanca, de la cual vivía separado.

Allí está tambien el aposento que servía de dormitorio al monarca *Cruel ó Justiciero*.

El bello artesanado de aquel aposento, estriba en un friso, en el cual se ven repetidas las armas de Leon y de Castilla.

Una pequeña puerta, hoy tapiada, comunicaba en otros tiempos con una angosta escalera, que conducía á las habitaciones de la hermosa María de Padilla.

En el dormitorio del rey don Pedro se ve una figura de mármol, que representa un hombre encadenado contemplando una calavera humana. En la puerta que da entrada á aquella habitación, hay pintadas asimismo otras cuatro calaveras.

¿Qué significan aquellos lúgubres atributos de la muerte?... Lo diremos.

Noticioso el rey don Pedro de que cinco jueces venales, abusando del poder que les había conferido, condenaran á muerte á un hombre inocente, los mandó ahorcar lleno de la mayor indignación.

Después de muertos hizo que les cortasen la cabeza, y cuando éstas no fueron más que cinco horribles calaveras, mandó que las colocaran en la puerta de su dormitorio, hacia la parte de afuera, como asimismo la figura de mármol que hemos citado.

Hay que advertir, que el inocente condenado por los jueces había sufrido antes de su muerte una cruel y larga prision.

Las cinco peladas calaveras permanecieron largos años en el mismo sitio en donde las habían colocado, como un testimonio de una de las tremendas justicias del terrible monarca de Castilla.

Al sacarlas de aquel sitio, pintaron en él otras tantas calaveras, las cuales aún pueden verse hoy día, conforme llevamos dicho.

El que visita aquella estancia, cuya preciosa ornamentación ha sido últimamente restaurada, como igualmente la mayor parte del Alcázar, cree ver aparecer en ella al célebre rey don Pedro, con las cejas fruncidas, comprimido el labio y próximo á hacer oír su voz amenazadora.

Las habitaciones que ocupó doña María de Padilla, son un verdadero milagro del arte.

Sus artesanados, los preciosos arabescos y mosaicos que adornan sus paredes, y aquellos arcos calados llenos de inscripciones árabes, hacen comprender lo que serían aquellos aposentos convenientemente decorados con muebles de la época en que vivió la encantadora dama, que poseyó suficientes encantos para encadenar á sus piés durante tanto tiempo al monarca más voluble de la tierra.

Tantas bellezas, tanta magnificencia como encierra el Alcázar, llaman la atención de los extranjeros, y especialmente de los ingleses, de un modo extraordinario.

Hay colchones destinados para ellos, con el objeto de que se acuesten boca arriba, á fin de que puedan admirar en tan cómoda postura los portentosos techos del Alcázar.

El conserje nos dijo que hay inglés que se pasa en cada sala dos ó más horas, arrobado y mudo de admiración, contemplando tantas y tantas preciosidades.

Nos dijo tambien que era necesario tener sumo cuidado con los hijos de Albion; pues al menor descuido, y en medio de su entusiasmo artístico, no tienen inconveniente alguno en apropiarse un pedazo de mosaico, ó un trozo de moldura.

Y.... ¡vergüenza para España!

Aquel conserje, artista de corazón y ardiente apasionado del Alcázar morisco, nos dijo asimismo ¡pásmense nuestros lectores! que sólo conta-

ba con dos duros mensuales, destinados á la limpieza y pequeñas reparaciones de aquel soberbio palacio, de aquella rica joya, de aquella maravilla de una época más artística y entusiasta que la nuestra, y que llegando hasta nosotros á través de los siglos en muy buen estado de conservación, se halla quizá amenazada de convertirse en breve en una verdadera ruina, merced á la proverbial incuria que nos distingue.

No exageramos.

El Alcázar de Sevilla necesita prontas reparaciones, que hoy son insignificantes y se harían á muy poca costa; pero que mañana exigirían, á no dudarlo, crecidas sumas, dado el caso de que el mal tuviese aún remedio.

Es triste y lamentable tener que confesar que en nuestra patria, tan rica en recuerdos históricos y en monumentos de arte, reina cierto espíritu vandálico, cierto espíritu de destrucción, impropio de todo pueblo que blasona de culto y civilizado.

ANTONIO DE SAN MARTÍN.

UN OPÚSCULO DE FRANCISCO PACHECO Y LA ESCUELA SEVILLANA DE PINTURA

Cartas al señor don José María Asensio y Toledo, autor del libro titulado «Pacheco y sus obras.»

CARTA PRIMERA

I

Muy señor mío y de mi consideración: Estudiando estotro día las muy preciadas *Ordenanzas de Sevilla*, para ilustrar con sus enseñanzas la historia del peregrino estilo arquitectónico, que produjo en la segunda mitad del siglo XIV las maravillas de esos *Reales Alcázares*, recordé que entre los papeles y documentos que poseo relativos á la *Escuela Sevillana de Pintura*, se contaban algunos debidos á la ilustre pluma de Francisco Pacheco, en los cuales se hacía alguna mención de las precitadas *Ordenanzas*. Con el deseo de aprovechar las observaciones de tan erudito artista y escritor, si en realidad cuadraban á mi propósito, busqué el volumen indicado, donde, entre otros tratados y documentos jurídicos que versan sobre la antigüedad, excelencia y nobleza de dicho arte, encontré, en efecto, el muy curioso papel intitulado: *A los profesores del arte de la pintura*, escrito en 1622 por el precitado Francisco Pacheco. Reconocido este documento, y vista la importancia que el maestro de Velázquez concedía en él, respecto de la clasificación y prerogativas de los pintores, á las citadas *Ordenanzas sevillanas*, parecióme que, habiendo V. tratado, en su estimable monografía de *Pacheco y sus obras*, cuantos asuntos y materias se referían, así á la vida artística como á la literaria de tan claro ingenio en relación con su siglo y su ciudad natal, no escasearían allí las ilustraciones, en orden al asunto, de que Pacheco hablaba á sus comprofesores.—Llevado de esta esperanza, acudí al exquisito ejemplar de la mencionada monografía, con que V. se sirvió en sazón oportuna favorecerme; pero en vez de la luz que ambicionaba, halléme con el desagradable convencimiento de que no había logrado V. la buena fortuna, entre tantas como disfrutaba tocante á la vida y á las obras de Pacheco, de haber á las manos un ejemplar del *Papel* dirigido por éste, en 1622, *A los profesores del arte de la pintura*.

Al tratar de los sucesos referentes al precitado año, escribía V. efectivamente estas palabras: «Obligado se vió nuestro Pacheco en 1622 á salir á la liza en combate bien diferente (al que había sostenido en su opúsculo titulado *Conversación entre un Tomista y un Congregado*). Tratábase de un litigio con el famoso escultor Juan Martínez Montañés, que habiendo cobrado una crecida suma por ciertas esculturas, dió escasa remuneración al pintor que se las estofó y pintó. Parece que hubo acaloradas cuestiones, y Pacheco escribió un erudito papel, encareciendo y demostrando la superioridad de la pintura sobre la escultura. Dedicó á los profesores de su arte, y no ha llegado á publicarse hasta hoy (pág. 34).»—Usted comprenderá, mi excelente amigo, cuán grande fué mi sorpresa al leer estas líneas: en ellas hablaba, por punto general, el más diligente y afortunado biógrafo de Pacheco sólo de referencia, dejando traslucir desde luego la autoridad de Cean Bermúdez; y cuando lo hacia de propia cosecha,

afirmaba un hecho de todo punto inadmisibile para mí, pues que tenía yo á la vista, impreso en cuatro fojas, cuarto español, de letra harto pequeña y á una sola columna, el *Papel ó memorandum*, que con fecha 16 de Julio del tantas veces citado año, había dado á luz contra el escultor Martínez Montañés, el celebrado pintor Francisco Pacheco.

Confieso á V., mi buen amigo, que al reconocer este error, fué mi primer intento el de sacar esmerada copia del impreso para remitírsela: quien había escrito el erudito libro de *Pacheco y sus obras*, bien merecía que se le ayudase con toda noticia ó documento á propósito para rectificar ó ilustrar las allí recogidas, si por ventura le acaecía la dicha de una segunda edición de obra tan esmerada. Las opiniones de Pacheco respecto al ejercicio de su arte predilecto, fundándose en los preceptos legales de las *Ordenanzas de pintores*, incluidas en las generales de Sevilla, me inspiraron, sin embargo, el deseo de exponer á la consideración de V. algunas observaciones sobre el estado de las bellas artes en esa capital, desde los siglos XV y XVI; observaciones no indiferentes por cierto para la historia de su celebrísima *Escuela de Pintura*. No llevará usted, pues, á mal que, sin perjuicio de enviarle la indicada copia, si en efecto la hubiere menester, me atreva á distraer su atención con aquel intento, no sin darle cumplida razón del impreso, cuya existencia no sospechaba V. al escribir la monografía ya repetidamente elogiada.

II

Francisco Pacheco, al publicar (no escribir, como dice una y otra vez Cean Bermúdez) en 16 de Julio de 1622 su *Papel ó memorandum*, intitulado *A los profesores del arte de la pintura*, tuvo por objeto, pues que no le había sido posible dar á la estampa su famoso libro, ya á la sazón redactado (1), establecer la diferencia que, en su concepto, existía entre la pintura y la escultura, no sólo para ilustración de sus comprofesores, mas también para que pudiera servir parte de su escrito de «memorial á los señores jueces» llamados á fallar el pleito promovido contra Martínez Montañés por los pintores de Sevilla. Reconoció este litigio por causa, según V. indica y notó Cean Bermúdez (2), la tiranía ejercida por el mencionado escultor, «echándose sobre seys mil ducados de obra del retablo del Convento de Santa Clara de esa ciudad, tomando quatro mil y quinientos para sí, y dexando al pintor lo demás, á pesar de merecer la pintura otro tanto como él (Martínez Montañés) llevaba.» Para demostrar este su aserto, poníase Pacheco en el empeño de sublimar la pintura sobre la escultura, y dividió su trabajo en cinco partes, sometida cada cual á diferente epígrafe.

Trataba en la primera, bajo el título de *Antigüedad*, de los orígenes de la pintura, remitiéndose en todo á la autoridad de Plinio, y copiando los conocidos pasajes en que el celebrado autor de la *Historia natural* aduce los testimonios de Filostrato y de Athenágoras, en orden á la prioridad de aquella divina arte sobre la *Estatuaria*, no sin invocar también las palabras de Praxiteles, para concluir que era esta última *nieta* de la pintura, interpuesto entre ambas el arte *plástico*.—Temeroso de ver contradichas sus afirmaciones con la general creencia de que la antigüedad de la escultura databa «desde que Dios formó á Adán de barro», se remitía á lo que sobre el particular tenía expuesto en su libro (*El arte de la pintura*), procurando al mismo tiempo abrumar semejante teoría bajo el peso de lo ridículo, con observar que «también los sastres hacían á Dios inventor de su oficio por las túnicas de que vistió á nuestros primeros padres.» Antes de «formar á Adán (añadía ya en serio) crió Dios tantas y tan varias co-

(1) Es digna de notarse esta circunstancia hasta ahora ignorada. Pacheco, que según notarán los lectores, cita repetidamente en este *Papel* su *Arte de la Pintura*, á que llama en tono antonomástico su libro, no lo dió á la estampa hasta 1649. En este intermedio de veintisiete años hubo de acaudalarlo con notables anécdotas y noticias personales sobre hechos acaecidos después de 1622. Respecto á la principal cuestión, á que dedicó el *Papel* dirigido *A los profesores del arte de la pintura*, conviene advertir que le tenía consagrado en el *Arte* casi todo el libro primero. En el *Papel ó discurso*, como también le llama, declara que excusaría «dar alguna luz de la diferencia que se halla entre la pintura y la escultura, si hubiera publicado su libro.»

(2) *Diccionario de los Profesores de las Bellas Artes en España*, t. IV, pág. 11.

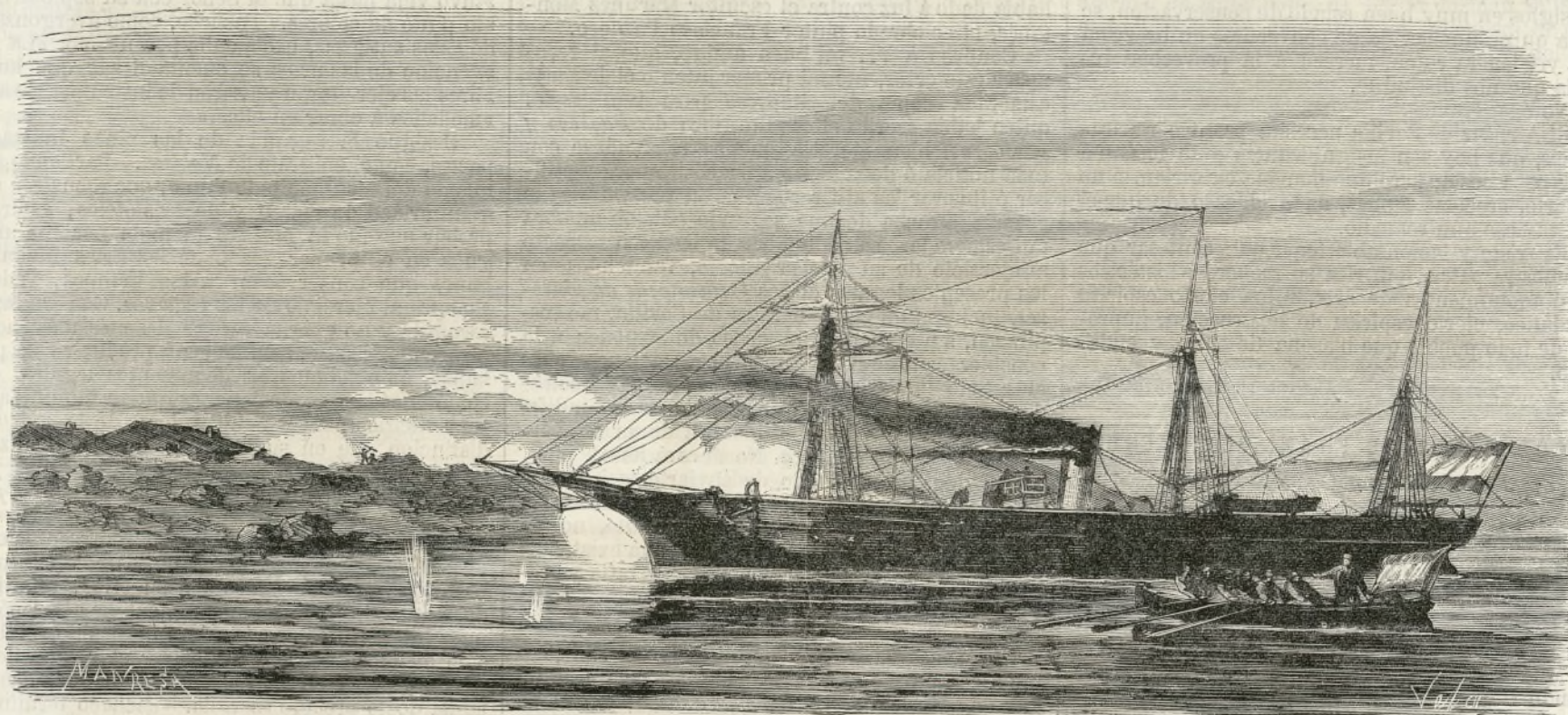
»sas, y entre ellas la luz y la sombra, que se podrían atribuir mejor á la pintura.» Esforzando el argumento, y como preparándose para la solución de la tesis que iba á exponer y pretendía probar, observaba: «Aun el mismo hombre de barro no tuvo vida hasta que el Señor con su soplo divino lo pintó de colores.» Pacheco, como avergonzado de estas sutilezas, exclamaba por último: «La invención de las artes se cuenta desde que hombres las ejercitaron y usaron de instrumentos acomodados á obrar en ellas.»

Designó la segunda de las cinco indicadas partes, con el epígrafe de *Nobleza*.—Partiendo asimismo del testimonio de Plinio, que robustece con la autoridad de Platon y de Aristóteles, aspira á probar que fué la *pintura* recibida por los antiguos en el primer grado de las artes liberales, honra que conservó en todos tiempos, vedada siempre al ejercicio de los esclavos. Con erudición escogida y no exígua recoge después muy notables sentencias, encaminadas á producir esta probanza, no olvidados los documentos legales, que como el código teodosiano, estatúan inmunidades y privilegios para los cultivadores de la *pintura*, distinción que en su juicio no habían alcanzado nunca los estatuarios. Acudiendo á los Papas y á los Concilios, con el intento de mostrar que la *pintura* había sido «más declarada y favorecida» que la escultura, «por ser más viva representación», merced á «la virtud y fuerza de los colores» (punto en que acota de nuevo con su *Arte*, remitiéndose al capítulo X del mismo), exhibe al propósito muy interesantes pasajes de San Basilio, si bien sólo alcancen estos á demostrar el estado de la *pintura mural* en las regiones orientales, cuando aquel docto prelado escribía.—Pacheco terminaba esta segunda parte, exclamando: «Bien se ve que nada de esto se puede decir de la *escultura* á solas, en la madera ó en el mármol, sino está ayudada con la *pintura*.»

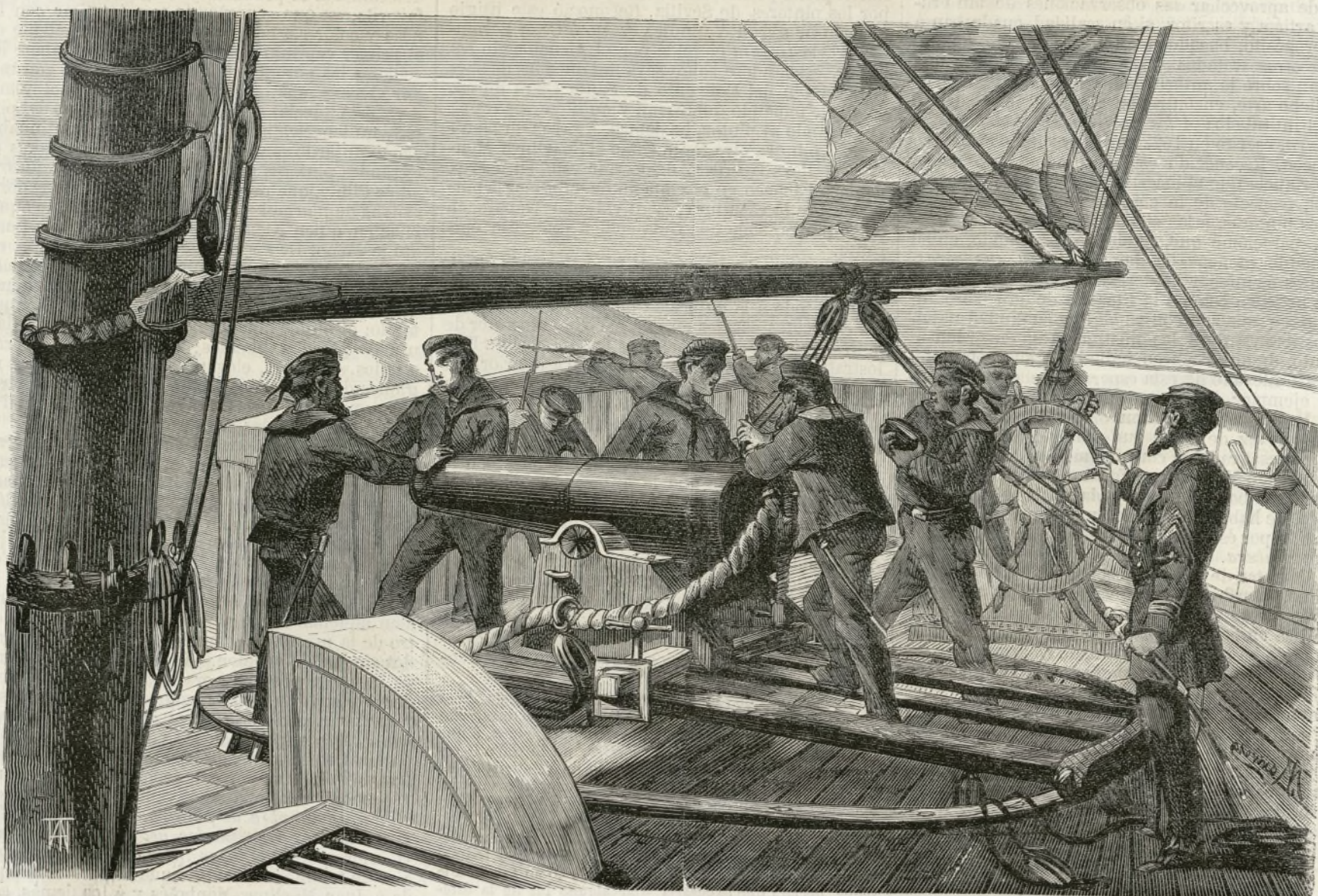
Prosiguiendo en este su tema, daba á la tercera parte de su discurso, dirigido *A los profesores del Arte de la pintura*, el título de *Diferencia*. Consistía, á su entender, la más principal y que determinaba la primacía y excelencia de su arte favorito, en que «enseñando esta á imitar con líneas y colores», como él explicaba largamente en el primer capítulo de su libro, demostraban los «colores las pasiones y afectos del ánimo con mayor viveza» mientras «la figura de mármol y madera está (decía) necesitada de la mano del pintor para tener vida.» «Para que se vea (continuaba) cuán antiguo es valerse los grandes escultores de grandes pintores para dar vida á su *escultura*, dice Plinio, que preguntando Praxiteles qué obras suyas de mármol aprobaba, respondió que aquellas en quien Nicías, famoso pintor, había puesto la mano. De suerte que Nicías retocaba la *escultura* de Praxiteles.» Mirando luego al tecnicismo propio de cada arte, proseguía, advirtiendo que «el pintor obraba poniendo, y el escultor quitando: el pintor (añadía no con entera propiedad) usa de pinceles blandos; el escultor de hierros agudos.» Al cabo, elevándose á las verdaderas regiones de la estética, afirmaba que «era la *pintura* más universal, más deleitosa, más espiritual y más útil á todas las artes,» que la escultura.

Sin intentar la prueba de esta última aseveración, que le hubiera sido en verdad por extremo difícil, pasaba luego Francisco Pacheco al cuarto de los puntos, en que ordenaba su *Papel*, señalándolo bajo el epígrafe de *Ordenanzas*. Contemplando con gran veneración las *de los pintores*, «hechas en tiempo de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel,» y distinguiéndolas con los epítetos de *justas y santas*, observaba que reconocían aquellas hasta cuatro diferentes *oficios* dentro de la *pintura*, los cuales no podían ser ejercidos sin previo examen.—Empeñado en la defensa de lo que reputaba y era, legalmente hablando, derecho suyo y de sus comprofesores, limitábase á recordar la parte preceptiva de las citadas *Ordenanzas*, ya respecto de las cuatro órdenes de los pintores entre sí, ya de los *entalladores y carpinteros* (de lo blanco), á quienes por la ordenanza décimoctava estaba taxativamente prohibido «*tomar ninguna obra de pintura, salvo cuando fuesen maestros examinados del respectivo oficio.*» «Conforme á estas leyes (prorumpía Pacheco con aire de triunfo), el refugio que al parecer le queda á Juan Martínez Montañés y á los demás, es el examen; pues haciéndolo y dándolos por suficientes, podrán usar la *pintura* y encargarse de ella.»

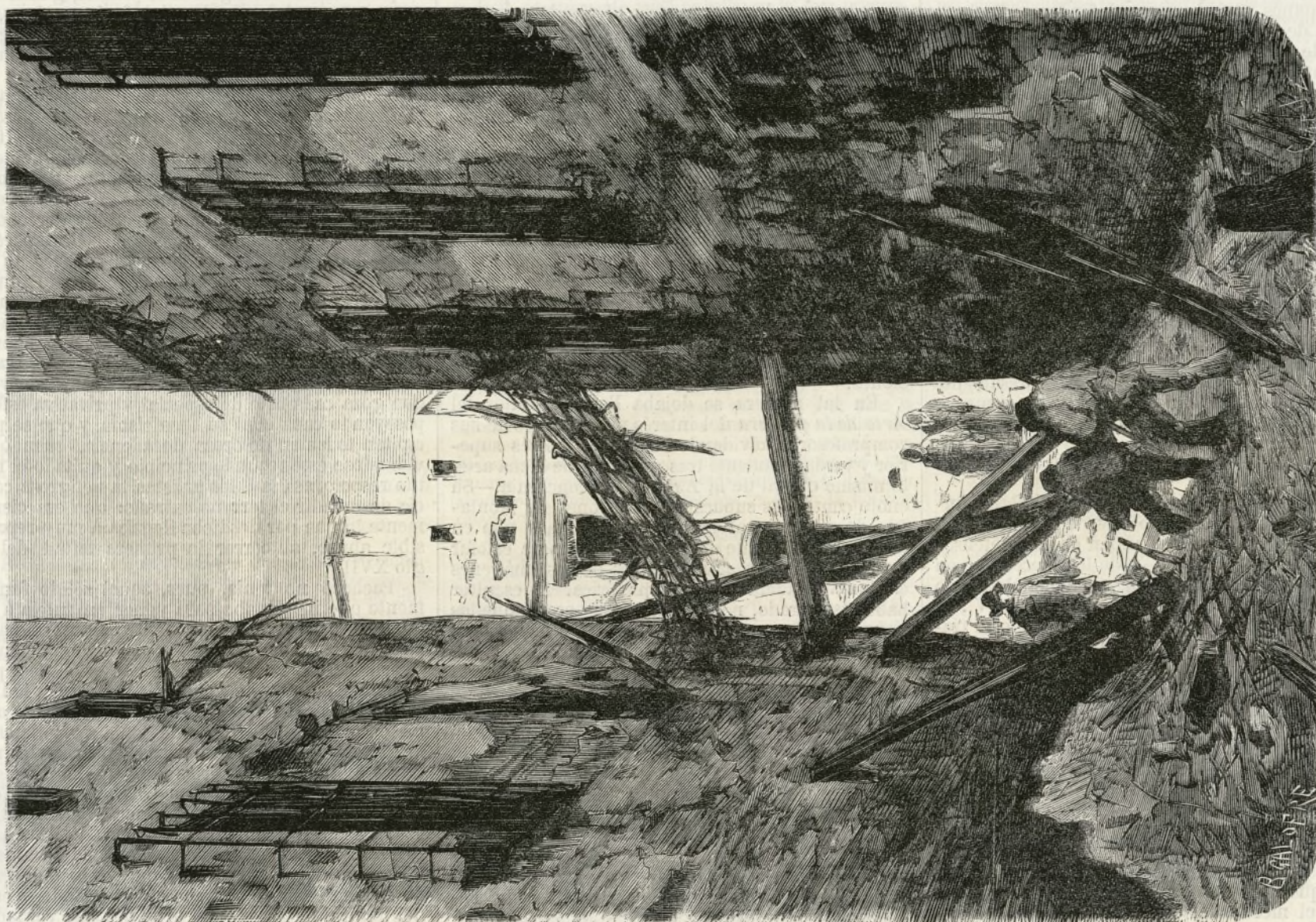
Lleva la quinta y postrera parte del discurso



LA GOLETA BUENAVENTURA CAÑONEANDO LAS POSICIONES CARLISTAS ESTABLECIDAS EN EL NERVION



COLISA DE POPA DE LA GOLETA BUENAVENTURA



CARTAGENA: CUESTA DE LA CONCEPCION



CARTAGENA: PARQUE DE ARTILLERIA

A los profesores del arte de la pintura, la denominación de *Razones*, y tiene por objeto rebatir las que Montañés alegaba para defenderse. Pacheco le acusa de cierto monopolio, por el cual se apoderaba de todas las obras principales, valiéndose para pintarlas, no ya de los «mejores maestros, como debiera, sino de los que le acomodaban en el precio, dexándose los más suficientes las más veces.» Incúlpale asimismo de que se tenga por «tan eminente, que publique poder enseñar el arte que no aprendió,» sin que constara «que lo sabía por ciencia infusa,» é insiste, en que los escultores y entalladores no debían encargarse «de más que su madera.» Indignándose al cabo con los pintores interesados ó ignorantes que se dejaban persuadir de que Montañés les enseñaba, dándole en cambio sin razón ni justicia título de *maestro*, afirmábase y ratificábase en la idea de que estofar los ropas de las estatuas, encarnar los rostros y ayudar las historias de bulto, era y debía llamarse *pintura*, «porque lo dicen expresamente (observaba) nuestras Ordenanzas, y sería mayor disparate mio refutar con seso semejante despropósito» (el de negarlo).

III

Tal es, en suma, mi buen amigo, el *Papel* impreso por Francisco Pacheco, y dado á luz en 16 de Julio de 1622 para ilustración de los defensores del arte de la *pintura*, y de los jueces que en esa capital administraban á la sazón justicia. Como no se ocultará á la clara penetración de V., si bien puede contribuir el conocimiento de este trabajo literario á revelarnos alguna parte del estado anecdótico de los profesores de las artes sevillanas durante el primer tercio del siglo XVII, y aún ciertos rasgos personales no indiferentes para su estudio biográfico, estriban su mayor interés y su verdadera importancia en las consideraciones estéticas é históricas que de su examen se desprenden.

Tratándose de tan renombrados artistas como el estatuario Juan Martínez Montañés y el pintor Francisco Pacheco, no deja por cierto de llamar la atención el lenguaje un tanto irrespetuoso y picante que usa el autor del *Arte de la pintura* al calificar el mérito del que tomaba ahora por adversario, y que le había favorecido, y favoreció después repetidamente, llamándole á encarnar sus estatuas (1), llevado sin duda más del espíritu de clase que de individuales ofensas. «Tampoco me meto (escribía al final del *Papel*, combatidas á su modo las razones alegadas en su defensa por Juan Martínez) en juzgar los defectos de sus obras, aunque los bien entendidos de Sevilla los hallan en las que ha puesto más cuidado; porque estoy persuadido que es hombre como los demás, y no es maravilla que yerre como todos. Y por eso aconsejaría á mis amigos que suspendiesen el alabar ó vituperar sus obras, porque lo primero lo hace él mejor que todos, y lo segundo no falta quien lo haga.»—Sobre estas y otras invectivas, que al leer el discurso de Pacheco dan bulto al triste hecho de que no se hallaban los artistas sevillanos del siglo XVII ajenos del *genus irritabile*, fatal á la continua para la prosperidad del arte, pondría V., á lo que imagino, como me atrevo yo á ponerlo, el interés más duradero y trascendental de la historia de la pintura española, y con especialidad en la ocasión presente, al de la *Escuela sevillana*. El trabajo de que acabo de darle cuenta, nos brinda al propósito ocasión muy oportuna.

No puede dudarse, como he procurado poner de relieve, que todo el razonamiento de Francisco Pacheco reconoce por base el hecho de ser en su tiempo policrómata la estatuaría sagrada, como eran también pintados, dorados y estofados los retablos y tabernáculos, las repisas y doseles para imágenes, con los más importantes muebles litúrgicos. Ni cabe tampoco vacilar, en que aún desco-

nocido ó olvidado por Pacheco el camino que había traído por entre los siglos medios esta práctica decorativa de la estatuaría, derivada, como en la arquitectura, de la antigüedad gentilicia, sentíase el impugnador de Martínez Montañés llevado por su erudición clásica, tan del gusto del siglo XVI en que se había educado, á buscar en la historia del arte griego insignes ejemplos para sacar triunfante la doctrina de que recibía la escultura los últimos y más exquisitos ápices de su perfección del empleo de los colores. La *Estatuaría* helénica, que por sus especiales condiciones antropomórficas, realizó en el mundo antiguo el más alto bello ideal del arte, no conquistaba la admiración de las gentes, sin el auxilio de la *pintura*. Nicias completaba á Praxiteles. El accidente meramente decorativo se sobreponía en el juicio del hombre teórico á la esencia y modo de ser privativo de cada arte, anulada en consecuencia toda idea de identidad para sus respectivas creaciones.

En tal manera se dejaba llevar el autor del *Arte de la pintura* del interés momentáneo de sus comprofesores, olvidando cuanto al interés superior y verdaderamente trascendental de dicha arte, lo mismo que al de la *Estatuaría* concernía.—Su enojo contra las supuestas intrusiones de Montañés, le conducía al extremo, en él más que en otro inverosímil, de equiparar la obra de estofar las ropas y encarnar los rostros de las imágenes con la verdadera creación pictórica. El escultor había asegurado, no sin razón, que eran aquellas operaciones secundarias y mucho más fáciles, por tanto, que el hacer una estatua ó un relieve, y el pintar un cuadro: el pintor, que había puesto en su *Arte* el mayor empeño para que apareciese de relieve el mérito por él contraído, así en las *encarnaciones de polimento* como en las *mates*, de que se declaraba restaurador, y aún autor ya por los años de 1600, después de afirmar de nuevo en el *Papel* de 1622 que debía llamarse y tenerse por tal *pintura* el oficio del *estofado* y de la *encarnación* de las imágenes, le replicaba: «Es muy diferente cosa decir que no es esto *pintura*, que no ser más fácil que dibujar y pintar un cuadro, como él (Martínez) también dice.» En verdad, Pacheco parecía referirse á lo que él llamaba *ayudar las historias de bulto*, que era en suma exornar de colores, sombras y perspectivas los bajos relieves, para darles mayor realce y atractivo; medio que fué el primero en adoptar, si hemos de atribuir entera fe á sus propias palabras. «Otra cosa más he hallado con la experiencia (decía á este propósito en el libro III, capítulo VI de su *Arte*); y es, que en las historias de medio y bajo relieve no he visto hasta ahora á ninguno usar en las *encarnaciones* de sombras, como lo usan en las ropas de todas las figuras, para que, como en las historias de *pintura*, parezcan las figuras redondas, aunque se finjan apartadas de otras; pero considerando que parecen chatos los rostros sólo simplemente encarnados por el poco relieve que tienen, no sólo en las ropas, sino también en las carnes mates, he usado de sombras más ó menos suaves, conforme á lo que se aparta una figura de otra; y en esta parte, según mi opinión, soy también el primero (como en el uso de la *encarnación mate*).» Pero aunque le confesemos el mérito de la iniciativa en esta última innovación, que no dejaba de ser, sustancialmente considerada, signo manifiesto de más visible decadencia en la consideración estética del arte, pues que mezclaba y confundía los medios privativos, y el tecnicismo de *pintura* y *escultura*, nunca podría concedérsele, como desnaturalizando su propia arte solicita, que hubiese paridad de merecimientos ni de fin artístico en el concebir y realizar una verdadera creación pictórica, y el revestir de colores una estatua ó un relieve, por grandes que fueran la habilidad y el acierto del *estofador* y del *encarnador*, á quienes jamás alcanzaría, como en efecto no ha alcanzado, la verdadera gloria del estatuario.

Prueba de esta verdad tenemos, mi distinguido amigo, en el mismo Francisco Pacheco. Ninguno de los que, al bosquejar el cuadro de la *Escuela sevillana de pintura*, han tomado en cuenta su representación en el desarrollo de la misma, menciona sus *estofados*, *encarnaciones* y *ayudas de las historias de bulto*: todos han procurado, por el contrario, reconocer los aciertos de su ingenio y las transformaciones sucesivas de su estilo en las tablas y lienzos, que le acreditan realmente como legítimo cultivador de la *pintura*. En cambio, Martínez Montañés, Nuñez Delgado y otros insig-

nes estatuarios sevillanos que florecían en esa metrópoli durante los siglos XVI y XVII, gozan hoy por completo del galardón debido á sus obras, sin que se curen doctos ni ignorantes de averiguar los nombres de los que las encarnaron y estofaron, habiéndose menester de las declaraciones que el mismo Francisco Pacheco hace en su precitado *Arte* para saber en qué estatuas y relieves puso su mano. El empeño manifestado en el *Papel* de 1622, para declarar que pertenecía sustancialmente al arte de la *pintura*, y debía conceptuarse como tal el revestir de colores las obras de *Estatuaría*, despojando á sus autores del indiscutible derecho de completar sus propias creaciones, sobre aparecer un tanto interesable, revelaba en Pacheco un error trascendental, en orden al concepto fundamental del arte.—Quien refiriéndose al escultor Martínez Montañés, le negaba todo derecho é inteligencia para terminar sus estatuas y relieves; y le increpaba duramente con el famoso *Ne sutor ultra crepidam*, perdía lastimosamente de vista que goza cada arte de especial y privativa esfera, poseyendo cada cual su tecnicismo, y que se precipitan todas en dolorosa decadencia, cuando olvidándose este fecundo principio y quitado el mutuo respeto, asalta á los artistas la peligrosa codicia de invadir el terreno extraño: que era ciertamente lo que por desdicha llegaba á muy reprehensible abuso, al correr la primera mitad del siglo XVII.

Pacheco no tenía, pues, aquel sólido fundamento que imaginaba para poner en tutela á los escultores, sus coetáneos, dentro del mismo arte. ¿Le ofrecía acaso más firme apoyo la tradición artística-industrial de Sevilla desde los siglos precedentes?—Como he tenido la honra de indicar á V. arriba, el autor del *Arte de la pintura* afirma en el *Papel* de 1622, que debía ser y llamarse tal *pintura* el estofar las ropas, encarnar los rostros y ayudar las historias de bulto, «porque lo decían así expresamente las *Ordenanzas de Sevilla*» éstas, según su propia declaración, habían sido hechas en tiempo de los Reyes Católicos. ¿Encerraban, en efecto, consideradas como documento histórico, alguna enseñanza, que ya bajo el sentido en que Pacheco alegaba su autoridad, ya en el del natural desarrollo del arte, arrojarase verdadera luz sobre las historia de la *Escuela sevillana*?... No otra es, mi discreto amigo, la investigación á que me brindaban las afirmaciones de Pacheco, y á ella quiero convidarle, fiado en sus grandes aficiones al arte y en su devoción al autor del *Libro de los Retratos*. Pero téngole ya sin duda un tanto fatigado, y correría el riesgo de abusar de su paciencia si diese mayor bulto á esta carta. Remito, pues, la investigación indicada á otra, que no le haré esperar, Dios mediante, largo tiempo; y quedo esperando sus órdenes, como su antiguo amigo y constante servidor.

B. L. M. de V.,

JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS.

GRABADOS DE ESTE NÚMERO

CARTAGENA: PUERTA DE MADRID; CUESTA DE LA CONCEPCION; PARQUE DE ARTILLERIA (Véanse páginas 49 y 57).—Los epígrafes de estos grabados nos ahorran toda explicación. Son vistas tomadas sobre el terreno de aquellos lugares en que el sitio y bombardeo que acaba de experimentar aquella importante ciudad, ha dejado huellas tan terribles.

*

* *

CALLE DEL 18 DE JULIO EN MONTEVIDEO (Véase página 52).—Es una hermosa vía, situada en el centro de la capital de la república del Uruguay. Comienza en la plaza de la Independencia y termina en la de Cagancha, donde hay un bello monumento formado por una columna de mármol, sobre la cual se ostenta la estatua de la Libertad. Este monumento, como la mayor parte de los que se ven en las repúblicas de América, sólo conmemora el triunfo de uno de los partidos que luchan en aquellas naciones: el que consiguió el partido *colorado* sobre el *blanco*, venciendo al general Flores.

Dicha calle se halla surcada por un tranvía, que va hasta el pueblecillo de la Unión, que fué edificado por las tropas del general Uribe cuando puso á Montevideo el sitio de los nueve años, que jamás se borrará de la memoria de los uruguayos.

*

* *

VISTA DE BERGA: CONVOY ENVIADO Á ESTA VILLA (Véase pág. 53).—La villa de Berga es una importante población de 5.000 almas, cabeza de partido judicial, y que por su posición estratégica ha sido muy disputada en todas nuestras guerras civiles por los bandos beligerantes. En la actual ha sufrido ya varios sitios de los carlistas, rechazándolos casi siempre, aunque teniendo que ceder una vez al número de los enemigos. El grabado que hoy

(1) Débese esta noticia al mismo Pacheco: tratando en el lib. III, cap. IV, de las *encarnaciones mates*, observa: «Sería proceder en demasía, hacer memoria de muchas cosas señaladas de Gaspar Nuñez Delgado y de Juan Martínez Montañés, que tiene esta ciudad, *ayudados de mi mano*.» Sin embargo, cita después, para autorizar aquella invención que se atribuía, como veremos luego, el *San Juan Bautista* de San Clemente, el *Santo Domingo* de Portaceli, el *Crísto de la Cartuja*, el *San Jerónimo de la Penitencia* de San Isidoro del Campo (Santiponce), «cosa (dice) que en este tiempo en la pintura y escultura ninguna le iguala.» Aun considerando que Pacheco no esquivó anteponerse en el aplauso, nótese cuán grande es la diferencia de este juicio y del que en el *Papel* expone sobre Martínez Montañés y sus esculturas.

publicamos puede dar una idea de esta villa. En la misma plana damos un dibujo, tomado del natural, que representa uno de los convoyes de viveres y municiones enviados á dicha poblacion, en el acto de salir de Barcelona.

* *

LA GOLETA BUENAVENTURA CAÑONEANDO LAS POSICIONES CARLISTAS ESTABLECIDAS EN EL NERVION: COLISA DE POPA DE LA GOLETA BUENAVENTURA (Véase pág. 56).—La guarnicion de Portugalete, después de hacer una defensa heroica, acaba de sucumbir al inmenso número de sus enemigos. Para tratar de evitar esta desgracia, la escuadrilla situada en la costa Cantábrica ha tratado de desalojar á los carlistas de las posiciones que ocupaban en el Nervion, llamado comunmente la *Ria de Bilbao*. El grabado que publicamos representa el combate sostenido con este objeto por la goleta *Buenaventura* en los dias 29 y 30 de Diciembre, sin que el expresado buque cediera de su empeño, hasta que, tanto él como el vapor *Gaditano*, que le acompañaba, experimentaron grandes averías. En la misma página puede verse la colisa de popa de la citada goleta, que, segun el parte oficial, quedó completamente inutilizada después de hacer 458 disparos.

* *

BATERÍA DE SAN CARLOS EN BARCELONA (Véase página 60).—Esta batería toma nombre de la puerta que hay en sus inmediaciones. Su importancia militar consiste en hallarse en la playa, lo cual la hace á propósito para hostilizar los buques que, atacando la plaza, se librarán de los fuegos de los demás fuertes.

Hace ya tiempo que se hallaba abandonada, y con motivo de las expediciones piráticas que los insurrectos de Cartagena han realizado contra diferentes plazas del litoral del Mediterráneo, las autoridades militares de Barcelona dispusieron artillarla y ponerla en pié de guerra para rechazar el ataque que se anunciaba de los buques rebeldes, sin que por fortuna llegara el caso de tener que hacer uso de su potente artillería.

* *

MONUMENTO AZTECA (Véase página 60).—Todos los pueblos antiguos han perpetuado los hechos más notables de su historia por medio de monumentos, y en esto consiste la importancia de los estudios arqueológicos. Examinar los monumentos, adivinar su significacion, traducirlos, por decirlo así, al lenguaje vulgar, es lo mismo que leer la historia de piedra del género humano. El que hoy publicamos ha sido perfectamente descrito por don Alfredo Chavera en un precioso é interesante opúsculo, del cual vamos á tomar los principales datos, para dar una ligera idea de él á nuestros lectores.

Consiste en una piedra de basalto, rota en dos de sus cuatro esquinas, sin duda por los albañiles que la acomodaron, para que entrara en la construccion de las paredes del convento de la Concepcion. Antes de esta rotura, la piedra debió ser un paralelepípedo, probablemente un cubo perfecto. La arista ó lado de este cuerpo mide, comprendiendo la cenefa, 50 centímetros; lo cual, como dice, no sin razon, el autor del folleto ántes citado, puede ser un nuevo indicio para sostener la opinion de los que creen que los indios tenían el metro por unidad lineal. La cara marcada con el número 1 es la que debia estar colocada hacia arriba, quedando tambien visibles las señaladas con los números 2, 3, 4 y 5, que son las que tienen inscripciones geroglíficas. La sexta cara del cubo, que era enteramente lisa, sería la que quedara pegada al suelo.

La lectura de los geroglíficos de este monumento debia empezar de derecha á izquierda, como en la mayor parte de las inscripciones aztecas. Sentado esto, la cara que deberia interpretarse primero sería la quinta; pero como se halla enteramente destruida, ha sido necesario interpretar primero las otras, y limitarse en cuanto á esta á simples conjeturas.

En la cara cuarta se ve el símbolo *tecpall*, que era uno de los cuatro que representaban los años entre los aztecas. A su izquierda hay seis circulillos ó números, de los cuales cinco ocupan una linea vertical, y el sexto queda á la derecha del superior; á la izquierda del *tecpall* hay otros seis circulillos, dispuestos de una manera semejante. Como estos circulillos representaban números, tenemos que el signo en cuestion con los que tiene á uno y otro lado, deberá leerse *doce tecpall*; es decir, la fecha de un año. Para averiguar cuál pueda ser ésta, hay que proceder á un tanteo, y sabiendo que el año de la conquista de Méjico por Hernán Cortés se llamaba entre los mejicanos *tres calli*, y corresponde al 1521 de nuestra era, que la fundacion de Méjico fué el 1325, y que el ciclo de los aztecas tenía 52 años, la fecha á que se refiere la cara cuarta del monumento que describimos debe ser necesariamente la de 1348, ó 1400, ó 1452, ó 1504. Luego veremos qué suceso histórico notable ocurrió en alguna de estas fechas, que tenga relacion con el total de la inscripcion geroglífica que examinamos.

Entre las caras tercera y cuarta, hay el trozo de rotura de que ya hemos hablado. En la cara tercera se ve un conejo queriendo devorar un gusanillo. Su actitud es la de un animal hambriento. Al lado del gusano hay un circulillo, que representa el número 1; por consiguiente, el conejo es la representacion del año *ce tochtli*; y siguiendo el sistema adoptado para explicar la cara cuarta, corresponderá al año 1454 de nuestra Era.

La cara segunda no es más que la continuacion de la primera. En esta cara se ve la figura del sol, que representaba entre los mejicanos, unas veces el astro luminoso tal como nosotros lo conocemos, otras el día, y otras la divinidad. En este caso lo pintaban sin aspas, en la forma

de un círculo más ó ménos adornado y rodeado de rayos; es decir, precisamente como se halla en la cara primera. Entonces se llamaba *Teotl*.

Del centro del sol sale el símbolo del agua en la figura de varios chorros abundantes, que se derraman en diferentes direcciones, é invaden la cara segunda, ocupando su costado izquierdo. En el costado derecho hay un manojito de yerbas atado por la mitad. Este manojito significa la atadura de los años, llamada *Xiuhmolpilli*, y con dicho símbolo figuraban el año correspondiente al ciclo nuevo, en el cual se encendía el fuego.

Resumiendo todo lo dicho, veremos que en esta piedra se hallan tres fechas: el 12 *tecpall*; el 1 *tochtli*, y el *xiuhmolpilli*, que era 2 *acall*.

Y estudiando detenidamente qué hecho histórico puede corresponder á estas fechas y explicarse satisfactoriamente por los demás símbolos contenidos en el geroglífico, se ve que no puede referirse sino al hambre espantosa que hubo bajo el reinado de Motecuhzoma Ilhuicamina, cuyos principales periodos fueron en los años 1452, 1454 y 1455 de la Era cristiana.

Segun los estudios de todos los historiadores, la cosecha fué tan mala en los años 1448, 1449 y 1450, que el 1451 apenas hubo grano para sembrar, y el 1452 la miseria fué tan grande, que los hombres se vendían por esclavos á fin de poder sustentarse. El 1453 y 1454 fueron devorados hasta los animales inmundos. Por fin, en 1455, aunque Clavigero dice equivocadamente 1454, llovió en abundancia, hubo grandes cosechas, y acabó la horrible calamidad.

Esta relacion concuerda perfectamente con el geroglífico, que podia decir: «Reinando Motecuhzoma Ilhuicamina (cara quinta, que no se ha podido leer por estar destruida), comenzó la calamidad del hambre en el año 12 *tecpall*, ó sea 1452 (cara cuarta), que llegó á su mayor intensidad en *ce tochtli*, 1454, en que el conejo, representacion del año, devora un gusano (cara tercera); pero el año secular 1455 cayeron las aguas en abundancia (cara segunda), siendo un gran don de la divinidad (cara primera).»

* *

FORTIFICACIONES DEL PEI-HO (V. pág. 60).—El Pei-ho es un río de China, que se halla en la provincia de Tchli. Nace en la frontera de la Mogolia, cerca de la Gran Muralla; corre hacia el S.-E., y pasa al E. de Pekin. Cerca de la capital del departamento de Thiansin, recibe las aguas del Hoen-ho, que desemboca en él por la orilla derecha. Tuerce luego hacia el E., y después de recorrer una extension de 80 leguas, termina á unas 28 de Pekin, en el lago de Tchili. Hasta hace algunos años, la China se creía impenetrable con su Gran Muralla; pero desde la expedicion franco-inglesa, mandada por el conde de Palikao, ha comprendido que necesita otra clase de defensas, y está fortificando los puntos que cree más expuestos á ser atacados en caso de guerra. En ese caso se encuentra el río que acabamos de describir, sobre el cual ha construido recientemente el Celeste Imperio una serie de fortificaciones, destinadas á impedir su navegacion y dificultar la llegada del enemigo á la capital. El grabado que publicamos en dicha página representa las más importantes, y abre la serie de los que nos proponemos ir publicando sobre los monumentos más notables de las diferentes partes del globo.

* *

DON JOSÉ DE SAN MARTÍN (Véase pág. 61).—El general de este nombre ha sido uno de los caudillos más célebres en las guerras que durante el reinado de Fernando VII sostuvieron las antiguas colonias que España poseía en la América del Sur para alcanzar su independencia.

Nació en Yapeyú, capital de la provincia de Misiones en Buenos-Aires, el día 25 de Febrero de 1778. Aunque americano de nacimiento, era de origen español, por ser su padre un coronel del ejército, que cuando el niño tenía ocho años lo trajo á España, poniéndolo en el famoso colegio de Nobles de Madrid, donde tantos hombres distinguidos han recibido su educacion.

A la edad de 21 años habia abrazado San Martín la carrera militar, y se hallaba en Cádiz como ayudante de campo del general Solano, gobernador militar de aquella plaza. Alucinado por las ideas que á fines del pasado siglo difundió en todo el mundo la revolucion francesa, formó parte de varias sociedades secretas, y creyendo servir las ideas liberales que profesaba, conspiró contra Godoy, siendo uno de los afiliados en el partido fernandista. La guerra de la Independencia española le llevó á empresas más dignas de un militar, y peleó valerosamente en Andalucía y en Castilla, en Aragon y en Valencia, consiguiendo obtener el empleo de comandante, ganado en servicio de su patria.

En 1810 se efectuó la primera sublevacion del pueblo de Buenos-Aires contra España, y entonces San Martín, olvidando lo que debia á la bandera que hasta entonces le habia cobijado, y movido por una falsa idea de patriotismo que le hacia considerarse americano ántes que español, volvió la espalda á los franceses, que aún luchaban en la Península, y se trasladó á Lóndres, desde donde á principios de 1812 pasó á Buenos-Aires á ofrecer su espada á la causa de la independencia americana.

El 7 de Diciembre del mismo año fué nombrado coronel del regimiento de *Granaderos á caballo*, tomando en la guerra una parte secundaria, hasta que la victoria de San Lorenzo, obtenida en las márgenes del Paraná, le valió una justa celebridad, abriéndole camino para más altos destinos. Nombrado general en jefe del ejército del Perú, dió en su nuevo cargo grandes pruebas de valor é

inteligencia; organizó, instruyó y disciplinó aquellas tropas, desmoralizadas por las derrotas que les habian hecho experimentar los españoles, y realizó la atrevida empresa militar del paso de los Andes, alcanzando el 17 de Febrero de 1817 la victoria de Chacabuco, que fué la que decidió la independencia de Chile.

En 1820 se embarcó en Valparaíso para el Perú, y allí, aunque no tan fácilmente como en Chile, venció tambien á los españoles, abandonados por el Gobierno de la metrópoli, que gracias á la insurreccion de Riego en las Cabezas de San Juan, no podia atender á la defensa de las colonias.

Puesto al frente del Gobierno de la república peruana, demostró allí buenas dotes de hombre de gobierno y administración; pero aunque dominaba en Lima, no habia podido vencer completamente á los españoles, que seguian defendiendo bizarramente el territorio que ocupaban.

La gloria de Bolívar, que fué el héroe más popular de la independencia americana, eclipsó la de San Martín, el cual, á poco de la jornada de Ayacucho, en que no tuvo parte, resignó el poder supremo en el Congreso del Perú y regresó á Chile, donde sufrió una penosa enfermedad, que le tuvo postrado en cama dos meses.

La ingratitud, compañera inseparable de todas las revoluciones, le obligó á abandonar á Chile, y luego á Buenos-Aires, donde se refugió, pasando á Europa, por donde viajó hasta fines del año 1828.

Volvió á Buenos-Aires en Febrero de 1829, y disgustado por el espectáculo de anarquía que encontró en aquella república que tan poderosamente habia contribuido á fundar, regresó á Francia, donde vivió modesto y olvidado en las cercanías de París. En 1848 pasó á Italia en busca de alivio para sus dolencias, y en la ciudad de Bolonia exhaló el último suspiro el día 17 de Agosto de 1850.

* *

INMEDIACIONES DEL NIÁGARA (Véase pág. 61).—Con las vistas de la famosa catarata y de sus inmediaciones, se podria formar un museo. La que hoy publicamos, tomada en el invierno, cuando el frio blanquea aquellos lugares, es una de las más bellas é interesantes.

EL MANGO DE LEPANTO

EPISODIO DE LA VIDA

DE

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

POR

D. Manuel Fernandez y Gonzalez

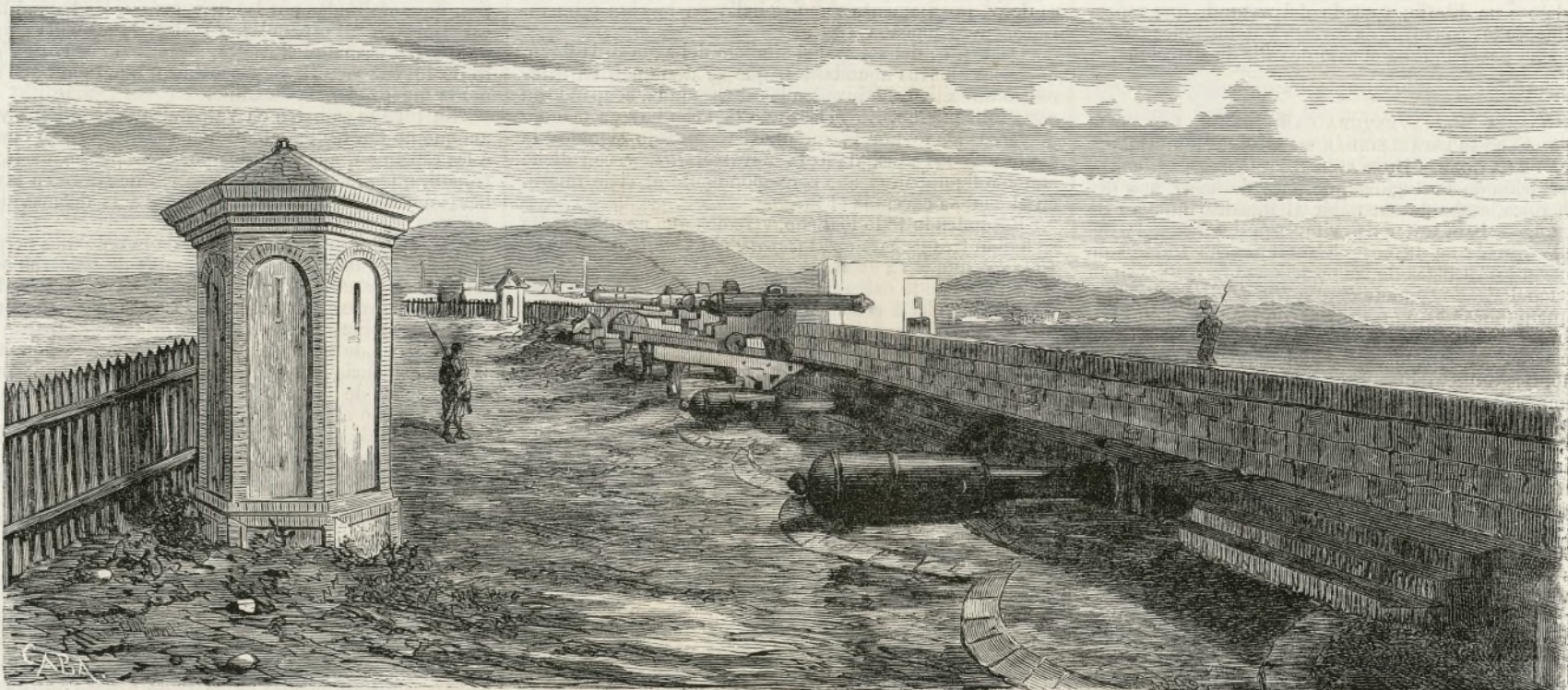
(Continuacion)

Procuró sosegar á doña Guiomar, aunque esto era más para deseado que conseguido, y dijo á su doncella: Mira, Florela, si es posible que los de casa averigüen si ha pasado alguna desgracia en la ríña, y si la hubo, quién ó quiénes son los sin ventura; que esto bien podrá hacerse con el pretexto de socorrer á los que hubieren menester socorro; y vuelve, mientras yo me aliño un tanto para ir á advertir á ese familiar aquello para lo que le he rogado que vuelva; y no tardes, que la duda de que él haya podido quedar en el lance, me tiene sin vida.

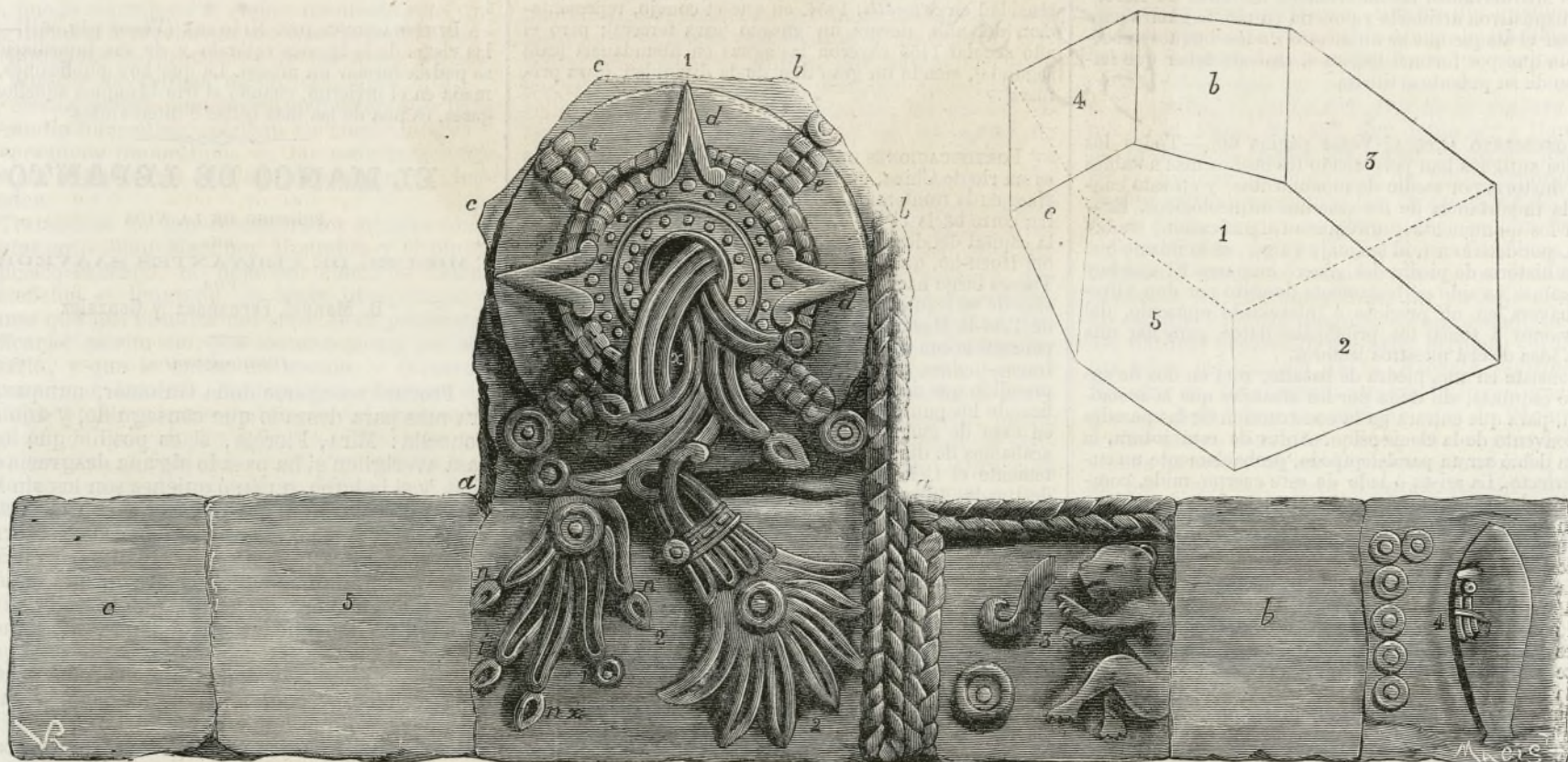
Salióse Florela, y doña Guiomar fué á sentarse á su tocador, y contempló al espejo, y hallóse más hermosa que nunca; que el amor hace hermosos aun á los ojos feos, y á los hermosos los sublima, haciendo de ellos un cielo; y un cielo veía en sus ojos doña Guiomar, porque en el amor que en sus ojos hallaba, la parecia como que veía la imagen de aquel por el que el amor acongojaba su alma; y la sucedía que cuanto más se contemplaba, más la parecia ver en sus ojos la fugitiva sombra de su deseo; y á tal llegó su amorosa ilusion, que la pareció que no en sus ojos, sino detrás de ella, sobre las rubias trenzas de sus cabellos, aparecía la imagen de su anhelado, mirándola ansioso, copiado por el espejo, y como si detrás de ella hubiese estado de rodillas. Parecióla asimismo que una mano trémula asía una mano suya que pendía descuidada, y que en ella unos labios ardientes posaban un amoroso beso.

Volvióse estremecida doña Guiomar, y vió que de rodillas estaba junto á ella, no una imagen vana, ni una sombra, sino un hombre, con atavío de soldado, que anhelante la miraba, y que parecia que queria hablar y no podia, aunque harto claro decia lo que sentia el temblor que todo su cuerpo agitaba.

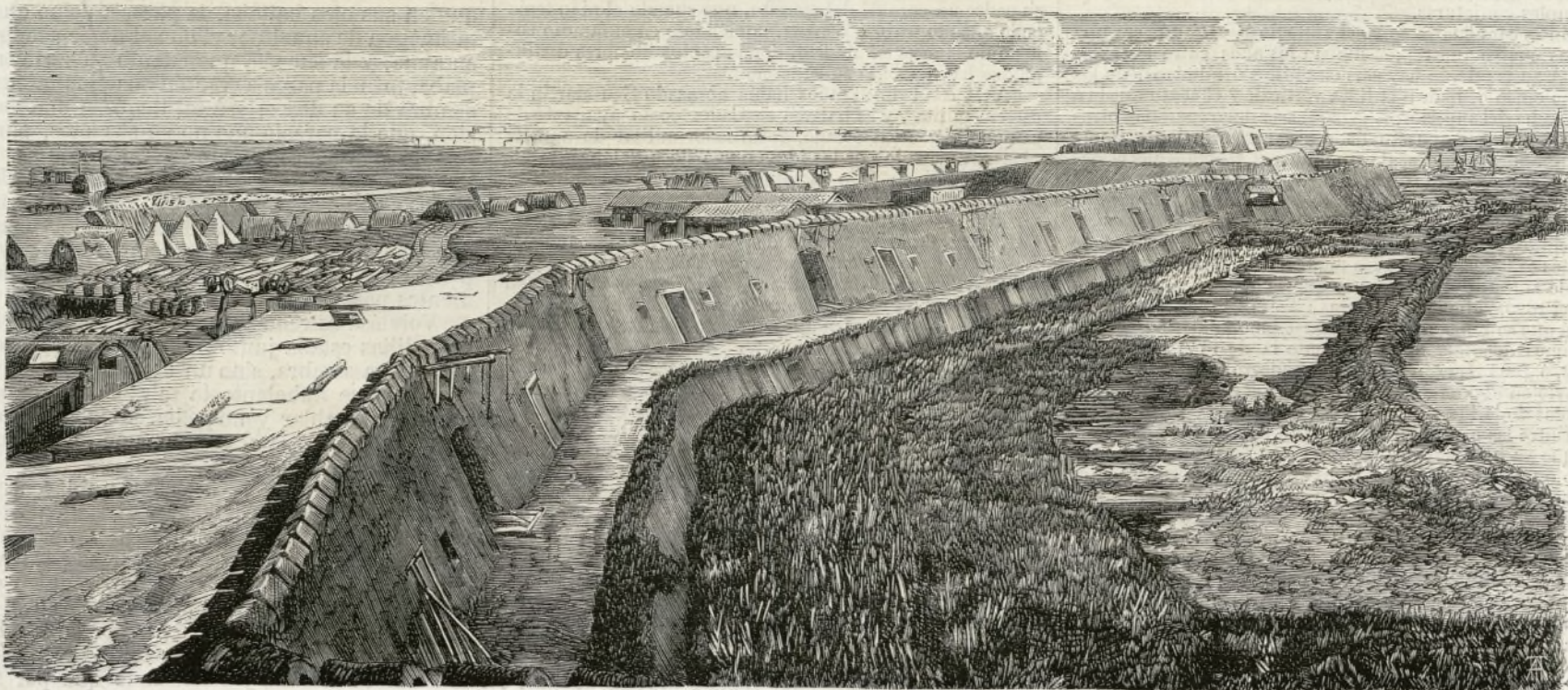
Sobresaltóse doña Guiomar, nubláronse los ojos, apretósele el corazon, y desfalleció toda al ver que quien tenia á sus piés y oprimiéndola una mano, que ella no tenia fuerzas para retirar, contra sus labios, era el mismo por quien ella la dulce muerte del amor sentia; y así los dos, en un silencio más elocuente que el mejor de los discursos, pasóse algun tiempo, hasta que recobrándose la hermosa indiana y conociendo que por su de-



BATERÍA DE SAN CARLOS EN BARCELONA



MONUMENTO AZTECA



FORTIFICACIONES DEL PEI-HO

Ayuntamiento de Madrid

coro debía manifestar extraneza y enojo por lo que sucedía, desasíó su mano de las de su enamorado, y dijo con la voz entera y enojada: ¿Qué es esto? ¿quién sois? ¿cómo habeis entrado aquí? ¿qué quereis? Hermosa señora, dijo levantándose aquel hombre: no mi voluntad, sino los no sé si para mí crueles ó propicios hados, son los que, cuando yo pensaba sólo en libertarme de ser preso, aquí me han traído, para que postrado á vuestros piés pueda deciros que vos sois mi vida, sin lacual vivir no puedo, ni quiero; y que si en vos no hallo esperanza á mi pena, alivio á mi enfermedad, alegría á mi tristeza, luz á mis ojos, á mi pecho aliento y gloria á mi deseo, por condenado me doy y sin vislumbre de redención que me salve. A lo que doña Guiomar respondió, mirándole no tan ceñuda ya, ceño fingido, que si ella hubiera mostrado lo que sentía en el alma en el semblante, por bien hallado y dichoso hubiérase dado él: Cortés sois, bien nacido parecéisme y bien criado; dejadme que me asombre de veros en mi presencia, entrado aquí como un salteador pudiera entrarse, y sin más disculpa que la de la necesidad que habeis tenido de salvaros de ser preso. En tal aprieto, dijo él, no me hubiera visto si no os viera, si viéndoos no os amara, y por amaros no ansiara deciros mi pena; que yo soy el que no há mucho, en unos tan desdichados y pobres versos, como mios, os decia mis ansias; y si vos, señora de mi alma, esos versos habeis oído, oído habeis tambien la riña, que ha sido tal, que cortada la salvacion, obligado me he visto á saltar una tapia, que es sin duda la del jardin de vuestra casa; porque adelantando por ese jardin, y dando en un cenador, y en él con unas escaleras, siguiendo por un corredor, halléme junto á una puerta



DON JOSÉ DE SAN MARTIN

entreabierta, y os ví, y sin pensar en otra cosa, acerquéme, se me doblaron las rodillas, convidóme vuestra mano de alabastro, y mis hambrientos labios besarla osaron: si lo que os digo no fuese para vos disculpa bastante del que habeis creído atrevimiento mio, volveré á salir de vuestra casa, importándome ya poco de cuanto mal pudiera ocurrirme, que por grande que fuese no seria mayor que la desgracia de haberos enojado. No habeis de decir, replicó la hermosa indiana, que poniéndoos en peligro el salir ahora de mi casa, de ella os echo; tanto más, cuando por venir, aunque sin licencia mia y aun sin yo conoceros, á darme música, en tal cuidado os habeis puesto; y hagamos aquí punto á la conversacion, y entraos en ese aposento, que yo voy á ver si por acaso ha podido oiros alguno de mis criados, y cuando todos estén recogidos y el peligro que correis haya pasado, podreis iros. Y yendo á una pueria abríola, y haciéndole seña de que pasase, él pasó á un cuarto oscuro, donde doña Guiomar encerróle tan á tiempo, que ya las fuerzas la faltaban para el fingimiento, y aquejábala el desco de trocar su severidad en dulzura, su enojo en rendimiento, y su indiferencia en amor.

Valídose habia además doña Guiomar de la industria de encerrar al aun para ella desconocido amante suyo, porque, aunque turbada, acordóse de que en la sala la esperaba aquel familiar de la Inquisición que poco tiempo hacia la habia asustado, metiéndose de rondon y en son de amenaza en su casa, como si hubiera ido á buscar herejes malditos; y porque habia conocido (siempre las mujeres lo conocen) que de ella el familiar se habia prendado, citóle para saber por qué causa la Inquisición la habia buscado, y además para acabar de pren-



INMEDIACIONES DEL NIÁGARA

darle y volverle loco, con lo cual el disgusto ó el peligro de una nueva visita de la Inquisición evitaba.

Fuése, pues, á la sala donde el familiar la esperaba; hallóla inmóvil como una estatua, teniendo en la una mano el sombrero, puesta la otra en los gabilanes de su inútil espada, y grave, triste y compungido; alegráronse los ojos al menguado cuando á él se acercó doña Guiomar sonriendo, y habiéndose ella ido al estrado y sentándose y héchole seña de que á su lado se sentase, él lo hizo, quedando encogido y encorvado; y luego ella le habló de esta manera:

(Se continuará.)

CRÓNICA TEATRAL

FIARSE DEL PORVENIR

COMEDIA EN CUATRO ACTOS DEL SR. D. TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ

Gran desventaja tiene el que ha de emitir su opinión después de muchos, que si es acertada, podrá tacharse de rapsodia, y si es lamentable obcecación del entendimiento, será doble torpeza; ya que el ajeno raciocinio debe prestar auxilio al propio para no incurrir en ella. Toma cuerpo este razonamiento en la última obra del señor Rubí, primera manifestación, después de un largo reposo, de su innegable instinto escénico. Mucho se ha hablado de ella: algunos periódicos, la mayor parte, encomiándola y ensalzándola hasta las nubes, y otros reseñándola brevemente: escúdala además la antigua fama de su autor y la notable interpretación de los actores que la han representado; recomiéndala el éxito decisivo de la noche de su estreno... Nuestro pobre juicio ¿podrá con justicia indicar siquiera algunos de sus lunares, ó revelar sus bellezas? Cumpliendo con un deber, tenemos que intentarlo; pero con tanto mayor empacho, cuanto que es audaz el propósito refiriéndose al autor del *Arte de hacer fortuna*.

Procediendo con orden, nos ocuparemos primero de la trabazón de la obra, de su asunto, de su contextura: es bien sencilla, y no muy común en la vida real: Modesto, abogado y poeta pobre, *redundancia frecuente*, logra hacerse amar de Cándida, hija de un comerciante capitalista. El muchacho, más honrado que experto, resuelve á la joven, y el primer acto, ó el prólogo de la comedia, ocurre en una fonda campestre, donde los novios celebran su boda, efectuada sin la autorización del padre de la joven.

Modesto tiene un buen amigo, Faustino, compositor y músico de gran talento, y de puro abolengo español; es decir, *miserio*, cuyo carácter, moldeado por el infortunio, tiene sus puntas y ribetes de extravagancia filosófica, ó si se quiere, de esa singularidad é independencia de ideas del hombre de espíritu superior, que tantos confundidos dolorosamente con el desorden innato en el temperamento de los artistas.

Modesto tiene otro conocido, un señor muy orondo que se llama Romo, y que ejercita la caritativa industria de prestar al prójimo, siempre que el prójimo pueda restituir triplicado el capital que se le prestó.

Romo, á pesar de su apellido, no carece de olfato, y el de los millones del acaudalado don Pedro, le resuelve á proteger, *en honor de la moral*, el consorcio de su hija, del que al fin es padrino; y en la fonda campestre donde se efectúa el banquete de esponsales aparece, no muy justificadamente por cierto, el padre de la novia; y el buen Faustino, aprovechándose del incidente, trata de reconciliarlos, sin que consiga otra cosa que determinar una escena violenta, en la que el comerciante se muestra inflexible, y termina el acto por la embriaguez del novio, causada quizá, más que por los licores, por la turbación de su cabeza, por la desaparición súbita de los otros personajes y por la brusca aparición de su padre en el momento más crítico; cuando el fondista, á quien nadie paga los desperfectos hechos en su casa por los jóvenes, sin saber á punto fijo quién es el novio, trata de arrojar al campo el cuerpo del joven aletargado; pero el hombre de mal aspecto, pobremente vestido, paga el gasto con creces, coloca amorosamente al joven sobre sus hombros, y deja asombrados á los circunstantes de tan extraño cuadro con aquel *paso á la caridad*, magistralmente comprendido por el autor para interesar verdaderamente al público, y magistralmente dicho por el actor señor Vico, que empieza á recibir la nutrida cosecha de aplausos que le aguardan.

El segundo acto ocurre en el ostentoso palacio del capitalista: el diálogo que media entre él y su cajero, más lacónico que un hijo de Albion, entera al público de que el comerciante está expuesto á suspender sus pagos por verse materialmente anegado en papel y falto de metálico; á esta escena sucede la del comerciante y el usurero, que viene á solicitar el premio de su interesada inmisericordia en el desventurado asunto del matrimonio, y la de la joven desposada y su padre; escena en que no hay un rasgo siquiera que demuestre en don Pedro la lucha que debe desgarrar en aquel instante su corazón, de padre al fin. No es mucho que se sostenga en igual tirantez en la entrevista con don Juan Morales, su consuegro, cuando éste le implora de rodillas para la desventurada Cándida *el pan que da á sus perros*. Colocados en tal situación, ambos caracteres antitéticos, coloreados de mano maestra, resaltando en el del padre de Cándida un tipo abominable de crueldad, que no se concibe en la naturaleza, y en el del

padre de Modesto una personificación de bondad y de justicia; conducido el diálogo de un modo nutrido, elocuente, conmovedor; completamente imprevista, y no puede suceder otra cosa, aquella situación invertida, en la que el triste y afligido anciano Juan Morales resulta ser el socio fundador de la *Union Comercial* y devengar créditos por valor de *dos millones de duros* al cruel comerciante; todo este conjunto de detalles arrastra impetuosamente al público, que sin darse cuenta sino de aquel maravilloso efecto, que pone á prueba la valentía del autor dramático, prorrumpe en aplausos, que comparte con el poeta el actor señor Vico, encarnación gráfica del tipo *svi generis* creado por el señor Rubí.

Pero sin fijarnos ahora en los defectos principales de este acto, ¿es lógico el que sigue, ó debiera, en justicia, modificarse en algo, haberse antepuesto al primero, y pasar desde este al cuarto, siguiendo más armónicamente el *espacioso* plan de la obra?

Harto comprendemos que el tercer cuadro, cuadro pintado con una verdad admirable, lo concibió el autor, y tuvo razón, de efecto inmediato y de contraste directo para que destacasen en la buhardilla del infeliz poeta, como de un marco sombrío, la noble figura de Cándida, y los tipos de Faustino, de Modesto, del usurero y del *especialísimo* socio fundador de la *Union Comercial*: nada más efectivo, más bello, más doloroso, porque expresa una triste verdad, que el aspecto de aquel desmantelado tugurio, escenario de uno de esos dramas ocultos de la miseria de los jornaleros del arte, mil veces más párias y más desheredados que el miserable bracero que conquista su sustento con el sudor de su rostro.

Pero ¿podemos tributar iguales elogios al tipo de don Juan Morales? ¿Es creíble en un padre como él, todo amor para sus hijos, aquella prueba tenaz á que les sujeta, prueba temeraria, que da ocasión á que la virtuosísima Cándida se vea insultada por el miserable usurero, y á que Modesto llegue en su desesperación al extremo de apelar al suicidio?

¿Es posible que un hombre como el *razonador* Morales, y esta es una objeción menos importante, consienta, siendo dueño de millones de duros, que su hijo y su honrada esposa sufran hambre, cuando él con un gesto podría trocar en paz y dicha aquella existencia de desolación?

Confesamos que, para nosotros, elogiando con toda el alma la creación del poeta, es más complejo, más misterioso el personaje de don Juan que el mismo Hamlet.

Porque en suma: ¿qué verdad se propone investigar? ¿qué pecado corregir?

El mismo en el acto anterior, y en lo más filosófico de su diálogo con el banquero, demuestra con argumentos invencibles, que no es tan gran crimen en un joven que ama, «y más cuando ese joven tiene talento y una noble carrera,» *confiar al menos en un porvenir de paz*, al que con justicia se siente acreedor.

Modesto está perfectamente justificado: no es un hombre vulgar, no consume su existencia en el vicio, ni aún en el dolor que anega su alma; trabaja noche y día, trabaja sin descanso, con fe, con la fe de la desesperación.

¿Puede él responder de los obstáculos, de las peripecias, del encadenamiento de circunstancias de la vida?

El papel providencial de premio que se reserva su padre, es harto imprudente; un momento más, un incidente más, y aquella providencia *lardia*, hubiera podido hallarse con dos cadáveres: con el de la honra de su nuera, y con el de su hijo; ¡que tales son los cantos que esculpe en su pavoroso poema esa musa sombría que se llama Miseria!.....

Sin remontarnos á consideraciones de tal trascendencia, otra inverosimilitud palpable ve el espectador más frío: ¿por quién está firmada la credencial de abogado-consultor de la sociedad la *Union Comercial*? Por su jefe, por don Juan, y Modesto ¡ni reconoce ni comprende que aquella firma es la de su padre!...

Concedemos al autor dramático, y más cuando el autor dramático es de la talla del señor don Tomás Rodríguez Rubí, anchísimo é indefinido campo donde vuela su ingenio; pero el innegable que distingue al célebre autor de *Isabel la Católica*, ¿no nos da derecho á condolerlos de que no haya meditado más el plan y el objeto de una obra cuyo efecto coamovedor é inmediato le asegura un gran éxito en cuantos teatros se represente?

¡Qué verdad en el carácter del generoso músico! ¡qué elocuente en sus labios aquella frase que hace saltar á ellos, desde su alma, la indiferencia del mundo!

«¿Nos abandona? ¡tanto peor para él!»

Aquella palabra hace vivir al personaje, admirablemente interpretado por el Sr. Catalina; el del usurero y el del cajero son dos retratos. La noble figura de Cándida arranca también de la verdad; que la virtud que sufre resignada y digna, la que pisa sin mancharse el fango de la vida, aún alienta, aún palpita en parajes á los que no suele llegar, es cierto, el eco de la admiración ni del aplauso ajeno.

Pero ¿qué importa? ¡vive! y la eminente actriz doña Matilde Díez ha sabido revestir una de sus personificaciones de todo el encanto, de toda la ideal belleza que tiene la mujer honrada: Cándida ha sido un nuevo y legítimo triunfo para la artista, triunfo más envidiable, porque lo ha conquistado en cortas escenas, en palabras, en la elocuencia del llanto y en la elocuencia de la actitud, siempre en íntima armonía con el sentimiento de la situación.

Tributamos también sinceros plácemes á cuantos han tomado parte en la obra: el señor Calvo hizo cuanto pudo; en realidad, Modesto es el galán de la comedia; las si-

tuaciones que domina, exigen gran aplomo y una larga experiencia, y ésta no se adquiere en un día.

Los honores de la representación se le deben á Matilde, á Vico, á Catalina, Parreño y Fernandez; los demás pueden ufanarse con no haber descompuesto el precioso cuadro que presentaba la escena del teatro de Apolo la noche del estreno.

Basta por hoy: si *Fiarse del porvenir* no justifica su título, precisamente por que el personaje que sintetiza esta idea, la realiza por *haberse fiado en él*; si adolece de patentes inverosimilitudes, si su frase dista de ser levantada, y si la afean en ciertos diálogos algunos giros y proverbios del idioma, sobrado vulgares; á trueque de estos defectos, y precisamente ese es el mayor triunfo del hábil dramático que lo ha concebido y escrito, el mágico encanto de sus situaciones conmovedoras siempre al público y le conducirá á admirar con justicia el peregrino ingenio de su bien reputado autor.

RAFAEL DE NIEVA.

EXPLOSION DE LAS CALDERAS DE VAPOR

La comisión que en los Estados-Unidos se ha encargado de investigar el origen de estas terribles explosiones, ha comenzado sus tareas dirigiendo una circular á los más afamados ingenieros, y rogando á cuantos puedan suministrar datos que los envíen á

George W. Taglor, secretary of the United States Experimental Commission, Treasury Department, Washington, D. C.

CICLON

El terrible huracán que el 6 de Octubre último pasó sobre el Golfo de Méjico, pasó también por Key West con la velocidad de 80 millas americanas por hora. En Punta Rosa (Florida) llevaba 90. El mar se elevó á 14 pies sobre el acostumbrado nivel. Los barcos quedaron destruidos, roto el cable telegráfico de Cuba, y arrebatados cuantos objetos movibles encontró á su paso el ciclón.

POESÍAS

A UNA NIÑA ROMA

Tiempo há que, con ansia viva,
En tu cara, Beatriz,
Voy buscando una nariz,
Que debe andar fugitiva;

Mas aunque sigo en mis trece,
Yo no acierto, si me ofusco,
Porque por más que la busco,
La tal nariz no parece;

Y he formado ya intencion.
Si no hallo su paradero,
De buscar al pregonero
Y anunciarla por pregon.

Di si por caso feliz
Y singular sin segundo,
Te ha echado Dios á este mundo
Con dispensa de nariz;

O por privilegio inmenso,
Que nadie pudo alcanzar,
Es tu nariz al quitar,
Como si fuera de censo.

Si es nariz de quita y pon,
Aunque le causes quebranto,
Debes no guardarla tanto
Y hacer de ella ostentacion.

O si á mostrarla te niegas,
Dime, pues yo no lo sé,
Si es nariz dogma de fe
En que se ha de creer á ciegas.

Si te faltó por deslíz,
Diga un padron la tramoya,
Y en lugar de «aquí fué Troya»,
Escribe: «Aquí fué nariz.»

Si no haciendo de tí cuenta,
Dios te olvidó entre otras chatas
Pidela por fe de erratas,
Que eso fué yerro de imprenta.

¿Es que por prodigio tanto
Al rostro no se la fias,
Y la enseñas ciertos dias,
Como reliquia de Santo?

¿O es cometa, cuyo brillo,
Siguiendo su órbita errante,
Se ha salido del semblante
Y se pasó al colodrillo?

Si se extravió por tu mal,
Pide nariz gratis dote,
U otra nariz en posdata,
O codicilo nasal.

Si la tienes, como dices,
Y yo niego con franqueza,
Haz, como otros de nobleza,
Informacion de narices.

Esto quiero, Beatriz,
Y en eso conocerás
La pena que tú me das,
Si esa me da tu nariz.

JULIO MONREAL.

LA TUMBA DEL MARINO

¡Ha muerto! dicen desde el ancha nave,
Que rauda vuela á la remota España:
Pues al agua con él, con brusco tono
Indiferente el capitán exclama.

Presto envuelven el gélido cadáver
En el tosco sayal de su mortaja,
Y atándole á los pies enorme piedra,
Tumba le dan entre la mar airada.

Y prosigue la nave su carrera,
Feliz, alegre, impávida y gallarda,
Besada por los vientos de la tarde,
Dorada por la luz de la mañana.

Y yo, sentado, inmóvil, en la popa,
Y el alma triste en angustiosa calma,
Envidiaba la suerte de la nave,
Que pudo en tanto aligerar la carga.

Y dije á mi pesar: «Si yo pudiera
Mi muerto corazón lanzar al agua,
¡Cuán alegre la nave de mi vida
Cruzara el bello mar de la esperanza!»

MIGUEL SANCHEZ PESQUERA.

A M...

Versos me pediste ayer,
y con verdad te aseguro,
que me pone en gran apuro
el quererte complacer.

Si pudiera trasladar
al papel mi corazón,
ni Lope ni Calderón
me lograrán igualar.

Y no es jactancia orgullosa,
si á hablar así me decido;
es que ellos nunca han tenido
una musa tan hermosa.

Mas en vano, si el ingenio
prestarme auxilio rehúsa,
será que tenga la musa
el que no tiene su genio.

Habré, pues, de renunciar
á cantar tu gentileza,
porque al ver tanta belleza
tengo miedo á no acertar.

Ni aunque supiera cantarte
me parece que lo haría,
pues no encuentro poesía
tan bella como mirarte.

Si mis versos no son buenos,
largos no los hallarás,
que cuando se siente más
es cuando se dice menos.

EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.

MODAS

CRÓNICA SEMANAL

Ignoro si alguna de mis amables lectoras habrá leído las obras de Pope, el filósofo inglés, en una de las cuales encontramos esta predicción, al juzgar un libro que, escasisimo de mérito, acababa de publicarse: «¡Cuán pobre será la vejez de la generación futura!»

Estas palabras acuden á nuestra imaginación, al presenciar alguna de las exageraciones que hoy la moda hace cometer hasta á aquellas personas, que de sensatas se precian, y que carecen del buen gusto y del tacto necesarios para ser elegantes sin caer en el peor y más funesto de los abismos: el ridículo.

Séres hay que si hablan, rien, escriben ó lucen un traje, tienen la fatalidad de ridiculizarse siempre á los ojos de los que les rodean, y no quisiéramos exagerar, si añadimos que, según nuestro criterio, es preferible la oscuridad más completa, á la luz en las condiciones dichas.

Así pues, todo lo que es exagerado conduce al ridículo, y particularmente en los peinados de hoy debe toda señora distinguida adoptarlos, ostentar su cabellera artísticamente peinada, pero no formar con ella una verdadera torre, que no sólo perjudica á la hermosura, sino que hace huir avergonzado al arte, quien en vano busca algo bello y gracioso en un semblante coronado por esa informe masa de cabellos.

Buscando en el tesoro de mis recuerdos, risueños los unos, dulces otros, y tristes los más, encuentro un episodio que, corroborando lo anteriormente dicho, demuestra que también la falta de indulgencia en sociedad, suele

acarrear hasta escenas trágicas y catástrofes de trascendencia incalculable.

Encontrábame yo en Bruselas hace algunos años, población que por más de una circunstancia ha sido muy de mi agrado, y en la que hallaba reunido todo aquello que Francia é Inglaterra la han legado, y que mezclado con las costumbres flamencas, un tanto patriarcales, forma un todo que encanta y embellece la estancia en la capital de Bélgica.

Solia frecuentar el teatro Real, á pesar de que por entonces la compañía era no muy perfecta, pero disfrutaba de la conversacion de una amiga bella, inteligente y angelical, la cual tenia, sin embargo, el defecto de exagerar cuanto era conveniente las modas.

Una noche al salir del palco se atravesó en nuestro camino un hombre, joven aún y bastante conocido en la república de las letras.

La belleza de mi amiga llamó su atención; mas al fijarse en el peinado soltó una sonora carcajada, que hizo enrojecer á la joven, dando lugar á una seria explicación entre el esposo y el importuno y poco juicioso joven, y concluyendo con citarse para el día siguiente y elegir las armas.

Las condiciones para el duelo fueron las más singulares: se encontrarían en una habitación sin luz alguna, vendidos los ojos, y al dar la señal tirarian.

Así se puso en práctica: dos amigos les cubrieron la vista, y en la misma casa del poeta se eligió habitación para tan extraño desafío. Una vez solos, empezaron á buscarse á tientas hasta llegar á la chimenea. Una idea original acudió á la mente del escritor:

—Dejarse matar por una niñería, pensó sin duda, no vale la pena; ¿de qué me sirve saber gimnasia?

Y ligero como un mono, se lanzó por el hueco de la chimenea.

Su adversario se encontró también en el mismo sitio, y se apoyó en el mármol, reflexionando:

—He sido algo severo, se dijo; la ridiculez del peinado de mi mujer es poca cosa en comparación de la vida de un hombre, y de un hombre de talento... me decido: dispararé al aire por el cañon de la chimenea, y nos haremos amigos.

Levantó el gatillo, salió el tiro, y el joven escritor cayó muerto á los pies de su competidor, con la bala en el corazón.

Mi amiga y su marido salieron para Alemania al día siguiente, y dos años después los encontré en Prusia, viajando, pero sin haber podido desechar el triste recuerdo de aquella fatal circunstancia.

* *

Las horas de la vida son una mezcla extraña de penas ó alegres impresiones, y aún conmovida por lo que acabo de referir, vi entrar á la inteligente modista que desde hace algunos años me viste, quien conociendo mi deseo de presentar siempre novedades á mis lectoras, pensaba mostrarme algunos modelos, ántes de entregarlos á la persona á quien estaban destinados.

Los tules, las blondas y lo vaporoso de un vestido de baile, disiparon las nubes de mi imaginación.

¡Qué precioso traje y qué buen gusto se nota, aún en los menores detalles!

La falda es de faya rosa con dos volantes arrasados al borde, sembrados de azabaches blancos; dos rizados dobles de crespon rizado forman el delantal, y un plegado de cintas pompadour en el espacio que media hasta otros dos rizados iguales á los primeros; la falda es de cola, con rizados de crespon y largas caídas que hacen solapa en los extremos, y con fleco al borde; la túnica está formada con una verdadera cascada de tul bullonado drapeado y con adorno de blondas que figuran guirnalda, las cuales hacen juego con otras de violetas y rosas; el corpiño está cubierto con rizados, blondas y flores, formando berta; diadema de perlas de oro y flores en los cabellos.

Este modelo me pareció tan elegante como original y bello. De un buen gusto irreprochable, es el que luce Matilde Diez en el cuarto acto de la preciosa comedia de nuestro ilustre amigo Rubí, *Por fiarse del porvenir*; sabido es que la primera de nuestras actrices viste con especial distinción.

Sobre una falda de larguísima cola con bullonados rosa y blanco, cae graciosamente una túnica verde claro de elegantísima forma, que alcanza sólo á los lados y une con el delantero por medio de una banda verde drapeada, guarnecido el todo con blondas; plumas verdes y blancas adornan los rubios y rizados cabellos.

Otro de los modelos que mi modista me presentaba era un traje *Beatriz*, delicioso por su novedad y propio para recibir: era de faya negra; la falda por detrás estaba guarnecida con tres anchos volantes bordados con bias y vivo; el delantero tenía bullonados al bias, con cabeza rizada á la *vieja* y colocados diagonalmente; un volante pequeño y otro más ancho completan el delantal; los bias se sujetaban en el lado izquierdo con broches de pasamanería y azabaches; corpiño alto con bullonado en los hombros, volante en la manga, y ancha gola de faya; dos quillas bullonadas que unen el delantero con la falda por detrás, suben por los costados y completan el traje.

Otro tercero era lindísimo, destinado para calle, y compuesto de una falda de terciopelo inglés marrón, completamente lisa; túnica-blusa un poco corta, de terciopelo del mismo color que la falda y con listas de cachemir; un cinturón de piel de Rusia negro con broche y cadena de plata, debía ceñir el esbelto talle; una limosnera de terciopelo con broche de plata estaba suspendida del cinturón;

toca húngara bordada con pieles, y bota de paño, también con pieles al borde.

La mujer joven y bonita puede, sin escrúpulo alguno, adoptar casi sin excepción los modelos que con demasiada frecuencia inventa la diosa Moda, siempre y cuando que en su forma y adorno presida el buen gusto; de los quince, á los veinte, á los veinticinco y hasta los treinta años, todo armoniza bien, pero después, no deja de ser indispensable combinar la elegancia con la sencillez, y los colores y forma de los trajes con la expresión de la fisonomía, para que pasada, como dicen nuestros vecinos de allende el Pirineo, *la Beauté du diable, la jeunesse* (la juventud, hermosura del diablo) no aparezcan con pretensiones que las perjudiquen.

Estos consejos se hacen extensivos á las jóvenes y cariñosas madres, que apenas ven despuntar el primer diente del ángel de su hogar, inventan para él las mayores extravagancias en el vestir.

¿Cuáles son más dichosos al comenzar la carrera de su vida, los que se encuentran en sábanas de rica Holanda y entre encaje de Alençon, ó aquellos que en una modesta cuna tienden al despertar sus manecitas y encuentran los brazos amorosos de la madre, en vez de los de la robusta pasiega asalariada, que con frecuencia descuida el sueño del primero? Sin ninguna duda, el segundo.

¡Qué día tan feliz para una madre aquel en que su hijo da el primer paso, vacilante aún!... ¡Qué amor tan inmenso revelan los ojos del padre, y cuántos proyectos forman ámbos para el porvenir!...

Los zapatitos, el traje corto, los vestidos bordados, el sombrerito en forma más graciosa, todo embelesa é inunda de gozo el corazón; ¿qué alegría puede compararse á la de una madre? Ninguna.

A propósito de esos querubines terrestres, aconsejaremos que si el capricho ó el orgullo materno inventa un disfraz para el próximo Carnaval, sea de Escocés ó Escocesa, Suiza, Luis XV, *Jardinera* ó *Italiana*.

Mirando la moda bajo un punto de vista razonable, preciso es confesar que es una verdadera comedia, la cual nos fascina hoy para provocar nuestra crítica mañana, por su antigüedad ó extravagante forma.

Pero todos seguimos su impulso con mayor ó menor dosis de juicio, y nos sometemos á las exigencias de tan absoluta soberana; únicamente debemos seguir sus leyes hasta ciertos límites, y en todo aquello que de acuerdo esté con la edad, la posición y el tipo de cada cual, así como sin separarse del buen gusto, principal auxiliar de la moda.

Por ejemplo, uno de los aforismos que aconsejamos para el cabello son las peinetas altas de concha, con agujas de lo mismo ó diademas: concha rubia para la cabellera de azabache ó castaña, oscura para las rubias. También á estas últimas le hacen infinita gracia los azabaches, bien sean estrellas, diademas, agujas, etc., armonizando con la forma del peinado.

La temperatura es verdaderamente primaveral; es uno de esos inviernos suaves, agradables, y que parece anunciar más tempranas las flores perfumadas de Abril, pues que ya hemos visto olorosas violetas, símbolo encantador de la modestia, y flor querida de las damas por su belleza y aroma, y también porque anuncia todas las alegrías de la seductora primavera, juventud del año, estación que ilumina con ardientes rayos el corazón, y presta nuevo vigor y lozanía á la imaginación y al ánimo decaído por las tempestades de la vida. ¡Saludemos, pues, la temprana aurora de la risueña Flora!

BARONESA DE WILSON.

EXPLICACION DE LOS FIGURINES

Modelos en negro

I. *Traje para baile*.—Falda de faya blanca con volante tableado en el delantero y otro plegado por detrás; un bullonado de gasa rosa muy bajo forma el centro del delantal, que se completa con anchas blondas, terciopelo negro y dos cabecillas que figuran dobles conchas; una guirnalda de flores, entrelazada con caídas y lazos de terciopelo, adorna el costado y une la túnica, que es de gasa rosa bajo y está dividida por guarniciones de blonda-terciopelo y lazos; en el costado opuesto es más corta, y cae recta; corpiño con petos; berta de blonda, flores y terciopelo.

II. *Traje para calle*.—Falda de gró de Lyon verde-bronce con ancho volante, y otro más pequeño con cabecilla; lazos en los costados; corpiño con aldetas rectas y adornado con lazos y volantes pequeños. Abrigo de terciopelo negro con ancha banda de faya negra y fleco al borde; broches de pasamanería; manguito de Astrakan con fleco igual al del abrigo y á la banda que adorna el pecho: este abrigo es recto por delante, y por detrás se divide formando dos cuerpos, y ciñe el talle. Sombrero de terciopelo negro con plumas negras y verde-bronce: lazos de faya.

MADRID: 1874

Imprenta de Astort hermanos

Calle Cuesta de Ramón, número 3



I.—Traje para baile



II.—Traje para calle